



**Universidad De Chile**  
Facultad De Filosofía y Humanidades  
Departamento de Filosofía

## **Ser Huacho y el Cuidado de Sí**

Tesis para optar al grado de Licenciado en Filosofía

Camilo Gabriel Rojas Pérez

**Profesora Guía**

Isolda Núñez Candía

Santiago de Chile, enero 2023



## **Agradecimientos**

Tanto que agradecer.

Primeramente, agradecer a mi mamá, a quien le debo todo y no le terminaré de agradecer. La paciencia que me tiene, que es puro amor, me da el ánimo para luchar en el día a día para seguir su ejemplo de defender aquel tesoro invaluable que es la educación y el derecho a ella. Agradezco y espero honrar ese tesoro con esta tesis.

De todo corazón a ti Marcia, que con tu valiente amor no sólo has avivado la llama de la reflexión filosófica en mí, sino también has sabido acompañar con el coraje necesario para lidiar con ese fuego que nos problematiza día a día. Infinitamente agradecido de tu encuentro.

A mis amistades y amores. Primero a Cami, mi fiel compañía durante este duro tiempo de escritura, compartiendo onces, locuras y penas. Luego a quienes nos aventuramos en el desafiante camino de la pedagogía Titin, Vale, Belén, Cata, Mario, Isra. A las increíbles personas que me guiaron en el México profundo, Ale, Dawson, Víctor, Alba, Señora Guille y Fernanda. La bella gente del mundo de la filosofía y el taca-taca, cuna de mi reflexión filosófica Dietrich, Andrés, Dani, Karina, Cristóbal, Karla, Caro. Aquellas otras personas que se mantienen obstinadamente en el corazón sin importar el paso del tiempo; Diego, Álvaro, Toti, Krystal, Danilo, Flo, Gabo, Nacho. Por último, a la gente bella que resiste y comparte en el fútbol ya sea en La Jungla, el Atlante, Logolácticos o el Sport Karina.

A la familia en el amplio sentido ya sea Gabriel, con quien aprendo y comparto siempre lo más profundo y valioso, como aquellos primos y tíos que su presencia me es techo y abrigo. Nico, Jechu, Tomi, Alan, tío Coco y tía Lucy, muchísimas gracias por siempre estar. A todos estos seres maravillosos con quienes agradezco haber compartido amor y calor, ya sea la Pampa, el Soto, la Palta, la Tina, el Merkén, la Sandalito, el Dark como aquellos otros que me formaron como el Canelo, la Blacky, la Cachinona o el Piwke. Sin duda aquí yacen algunos de los cimientos más importantes para sostener mi humanidad.

En agradecimiento a estos profesores y profesoras que logran abrir un surco en el mundo y darnos un lugar para aprender a plegarnos y desplegarlos. En este sentido ocupando un lugar prioritario quiero agradecerte Isolda, por esa determinada apertura y tu genuina búsqueda,

que devienen en aquella escucha capaz de devolver preguntas que fisuran cualquier armadura. Por esa entrega sincera muchas gracias.

No pueden faltar aquí las personas que vuelven la universidad un lugar cálido que habitar, ya sea en las bibliotecas, como en sus pasillos o donde el Yiyo. Le agradezco de todo corazón a Carito, Meli, Gina, Victoria, Juanita, Pancho, Coni, Nandito.

Al Sindicato n°1 de Estibadores de Valparaíso. Sin mis compañeras y compañeros, con quienes rescatamos preciosos destellos humanos en medio de oscuras y pesadas faenas, no habría podido continuar esta investigación sin la profundidad dada por el eco de sus palabras. Con especial dedicación a César, Mari, Pato, Jorgito, Giorgio, John, Pablo, Luchito, Pepe, Sepu, Kicho, Nano.

Por último, también le agradezco a mi padre por el coraje de leer esta tesis y abrirse a reescribir nuestra historia.

**En Memoria de Vinka, Nando, Lucas, Karito y Dana**

## Índice

Agradecimientos.....	4
Resumen... ..	6
Introducción: El Huacho y el Cuidado de Sí .....	9
<b>Capítulo I: El Nacimiento de lo Huacho y su Deriva Histórica</b>	
1.a. De Wakcha a Huacho .....	12
1.b. Lo Huacho en la Historia.....	15
1.c. Del Huacho Adolecer de Camino .....	19
<b>Capítulo II: El Cuidado de sí y lo Huacho</b>	
2.a. Epimeleia Heautou.....	23
2.b. El huacho y la búsqueda de la sabiduría.....	26
2.c. Cuidado de sí Contra la Educación Negligente .....	30
<b>Capítulo III: La Ruptura de la Aquietada Mirada Hacia el Cotidiano</b>	
3.a. Chrónos: El Orden del Trabajo y su Desocupada Mirada Hacia sí .....	34
3.b Kairós: Intersticio de Ruptura.....	39
3.c. Aión: De Huachos a Infantes .....	42
Conclusión .....	47
Bibliografía.....	51

## Resumen

El estudio del ser huacho se ha desarrollado hasta ahora a un nivel mayormente histórico y literario, e incluso antropológico y psicoanalítico, mas no se ha profundizado en su carácter filosófico. Este concepto tiene para las y los habitantes de Chile un uso vocativo y coloquial, que al mismo tiempo designa una identidad criolla determinada en la historia nacional. El origen del vocablo es quechua y designaba tanto al pobre como al huérfano en un principio, pero luego con el mestizaje se transforma en todo un estrato social determinado por el mundo del trabajo, lo que finalmente devendrá en un concepto que refiere a quien está abandonado, descuidado, ante todo desprovisto de sí mismo. El huacho se convierte así en una dolorosa subjetividad nuclear en la historia de la “chilenidad”, siendo una característica propia de su sociedad.

En este sentido la decodificación del ser huacho en lenguaje filosófico presenta un enorme potencial para la comprensión de la sociedad chilena como también de las otras latinoamericanas. Por ello esta investigación tiene como su objetivo principal conceptualizar esta subjetividad criolla en clave filosófica para luego testear esta descripción en el mismo campo disciplinar. Este texto tiene como motivación intrínseca desarrollar claves de lectura que sean útiles para transformar dicha sociedad huacha en una que sus subjetividades si dispongan de sí y sean capaces de mantener una relación de cuidado consigo mismas.

Para ello, a modo de procedimiento, se describirá el concepto desde las disciplinas que han escrito sobre él, para así desarrollar un imaginario delimitado desde el cual asirle e ingresarle al campo. Entonces, con la descripción del ser huacho acabada, se presentará un desarrollo del problema filosófico de la *epimeleia heautou* (habitualmente traducido como “cuidado de sí”), de manera que se pueda establecer un diálogo entre este y el boceto previamente realizado, logrando así caracterizarle desde el argot filosófico mismo. En último término se buscará profundizar en los problemas filosóficos intrínsecos a su planteamiento por medio del testeo en el área disciplinar de la Filosofía de la Infancia y sus conceptos centrales de tiempo.

Al momento de elaborar este imaginario filosófico del ser huacho se termina por comprender este como un modo de habitar el pensar que constriñe el movimiento de volver la mirada del mundo exterior hacia uno o una misma a causa de la falta de un referente de

cuidado de sí. Esto asimismo puede ser entendido como una forma específica de “descuido de sí”, lo que bajo la óptica de la Filosofía de la Infancia se produce por una carencia del tiempo aión, aquel en que vivimos intensamente y originalmente refiere a lo eterno, al mismo tiempo y como contraparte, esto es también resultado de un dominio del tiempo chrónos, que a través del Orden del trabajo nos sumerge en un presente de sucesión irreversible y causalidad que imita al verdadero tiempo que es el aión. En este sentido la tesis también da cuenta de una relación entre el ocuparse constantemente del quehacer laboral y el descuido de sí como un vínculo vicioso que atenta contra el mandato filosófico de velar por el cuidado de sí del resto. Esta carencia de protección sobre el cuidado de sí de las subjetividades de la sociedad es lo que se denominará “educación negligente”, es decir, aquella educación que no nos hace preguntarnos sobre nosotras o nosotros mismos.

En este sentido la tesis desarrolla algunas herramientas no solo para entender las implicancias del ser huacho en perspectiva filosófica, sino también distingue en sus conclusiones al menos dos claves respecto a cómo enfrentar el problema filosófico político que deviene de esta subjetividad. Esta cuestión filosófica política refiere al problema de la transformación de una sociedad huacha hacia una sociedad que mantenga en una posición central políticas estructurales para el cuidado de sí de sus subjetividades. La investigación deja de manifiesto dos claves para abordar esta transición, siendo la figura central a desarrollar, aquella que se refiere al encuentro íntimo del huacho. Mientras que la otra es el cuestionamiento de la identidad de género de la subjetividad huacha, la que, si bien es equivalente en términos de relevancia, no es más que enunciada su profundidad en la tesis.

Al menos en el primer ámbito, quizás el agente de transformación de una sociedad huacha más explícito que se trabaja en la investigación es el del encuentro íntimo, posicionado como un espacio educativo no negligente. Aquel encuentro con una o un otro capaz de sostener una relación de inquietud sobre sí mismo, sostener una práctica de la *epimeleia heautou*, producto de la cual la subjetividad huacha tiene la oportunidad de interpelarse y volver la mirada sobre sí. Esta figura es un eje transformador que refiere a la metamorfosis de un cotidiano social, es decir, a punta a la disposición estructural de una sociedad. Con ello se presenta el problema de estructurar espacios y momentos para el

encuentro íntimo de la subjetividad, instancias que busquen desarrollar el conocimiento de sí, apuntando a cuidar del cuidado de sí de sus congéneres.

Por último, aparece el problema de cristalización de la identidad de género y sus roles asignados como una línea investigativa relevante para profundizar en el paradigma de la “quietud de sí” que mantiene al huacho alejado de una práctica de la *epimeleia heautou*. En este sentido existe una causalidad entre como el huacho desarrolla una relación de referencialidad con quienes conforman la familia según el rol de género asignado y la quietud del huacho con respecto al conocimiento de sí mismo, que termina por cristalizar también su carencia de cuidado de sí. Es decir, en la medida en que se indaguen fórmulas de referencialidad diferentes a la que aquí se trabaja, en donde siempre el huacho es una identidad masculina que tiene por referencia a otra identidad masculina, vamos a comprender otras aristas de potencia transformadora de la sociedad huacha. Si bien este planteamiento no es más que declarado a lo largo de la tesis, en las conclusiones se vuelve a puntualizar sobre el rol profundamente revolucionario que tiene el cuestionamiento de género para el huacho.

Asimismo, se puede considerar a esta investigación como un aporte a la disciplina en la medida en que pone en diálogo el ser huacho con la *epimeleia heautou*, ya que se enriquecen ambas concepciones, por una parte, otorga claves de lectura filosóficas a una subjetividad que pertenece a la idiosincrasia de un territorio, mientras que se reelabora el problema del cuidado de sí desde la exploratoria de la figura antípoda del “descuido de sí”. En ese mismo sentido la tesis resulta novedosa al plantear el “ser huacho” como una subjetividad filosófica local, que logra expresar el lugar y momento que tiene la filosofía en su territorio, o, mejor dicho, señalar en qué sentido hay una relación de anhelo de su práctica y su presencia.

## **Introducción:**

### **El Huacho y el Cuidado de Sí**

El objetivo de esta tesis es estudiar el concepto de lo Huacho en perspectiva filosófica, y en diálogo directo con el concepto griego de *epimeleia heautou*. Al no existir la palabra huacho en el argot de la filosofía como tal, debo estudiarla en las otras disciplinas en que existe e ir desarrollándole una definición. De este modo, tengo también el desafío de introducirle a la filosofía, vinculándole a problemas concretos en algún lugar de su larga tradición, para lo cual me valdré de algunas conceptualizaciones de la rama filosófica orientada a la infancia, en particular a la obra de Walter Kohan.

En aras de la honestidad intelectual confieso que existe una motivación ética y política que me vuelca sobre este tema, y desearía que esta investigación arroje luces sobre el área y problema a plantear en pos de aportar a las transformaciones sociales que le urgen a esta humanidad. En este sentido pienso que la investigación filosófica de este concepto tiene el potencial de brindar herramientas para la transformación de lo que a priori podríamos denominar una “sociedad o cultura huacha” hacia una de cuidado de sí. Cabe decir, que, podría parecer de índole netamente político el objetivo que encamina esta tesis, no obstante, es en realidad un objetivo primeramente filosófico, en vista de que la preocupación por el cuidado de sí de cada elemento de la sociedad es la tarea primordial que Sócrates hereda a quienes se dediquen a la filosofía.

Para realizar esta investigación revisaré, primeramente, el origen del concepto huacho, deteniéndome en su devenir histórico y semántico el cual fue ampliando su significado de orfandad y aproximándose más a una noción que señala una subjetividad descuidada de sí y una búsqueda de un camino propio. En definitiva, en este capítulo se busca reunir literatura y evocar el imaginario de aquello que constituye el ser huacho, para de este modo posteriormente poder tener mayor superficie conceptual desde la cual asirle y manipularle en el campo filosófico. Para su realización me atenderé a tres apartados que revisarán el origen y devenir semántico, luego el desarrollo histórico del niño huacho y finalmente una delimitación al problema en base a la búsqueda de referente del huacho. En el primer apartado se revisará el giro semántico que hace el concepto transitando desde la

pobreza y la orfandad hasta el huacho como subjetividad descuidada. Para el segundo apartado se estudiará en profundidad la historia del niño huacho y su figura paterna, de quien no es huacho por muerte del padre sino por descuido de este. Finalmente se sintetiza que el huacho en realidad está huérfano de una figura que modele cuidado de sí, adolece de un ejemplo que se posea a sí mismo o misma y por tanto no pueden ser modelos de quien construye su propio rumbo. Quedando definido que la máxima de dignidad del huacho es ser dueño de sí y poseer su propio camino.

Luego en el segundo capítulo me abocaré al estudio de la *Epimeleia Heautou*, aquel concepto central de la filosofía que puede traducirse como el cuidado de sí o la inquietud de sí. Desde este problema filosófico se irá redefiniendo la subjetividad huacha, pero ya desde el mismo argot de la disciplina. En el primer apartado del capítulo, también dividido en tres, he decidido partir estudiando el concepto de *Epimeleia Heautou* con el afán de dilucidar los principios de esta, en particular aquella idea de volver la mirada del exterior hacia la *sí mismidad*. Luego, en la segunda parte abordo el problema de qué es esta *sí mismidad* y como cuidarse implica conocerse a sí desde nuestra máxima virtud que es la sabiduría, planteando el problema socrático de que para conocerse a uno mismo antes se debe espejear en la virtud de otra alma con la que uno se encuentra. Por último, se procede a estudiar, la carencia del cuidado de sí del huacho como producto de una educación negligente, y posteriormente se concluye que resulta filosóficamente fundamental enfrentar dicha educación fallida a través del incentivo del cuidado de sí.

Para el desarrollo del capítulo final haré una original división de los apartados adoptando formas de tiempo griegas, *Chrónos*, *Kairós* y *Aión*, en las que cada temporalidad tensionará la subjetividad huacha de forma singular aportando al desarrollo del concepto y sus sujeciones al problema del descuido. En primer lugar, el tiempo *chrónos* nos permitirá explicar cómo lo huacho está constreñido por un modelo de vida que se ordena en función del tiempo para trabajar. En un segundo momento, abriré el espacio destinado al *kairós*, que refiere al tiempo oportuno u ocasión, en calidad de intersticio. Haciendo uso de la lírica para dar cuenta de una serie de instantes de ruptura en el régimen del *chrónos*, en donde la ruptura consiste en un encuentro que se vive intensamente con otra alma, en el que por un instante me veo reflejado en ella. Finalmente, se aclara que este encuentro de instante intenso que

persigue el cuidado de sí corresponde al tiempo aiónico, que gobierna por sobre el orden del *chrónos* en la medida que es eternidad. Por ello se concluye, que, si bien el huacho adolece del encuentro aiónico, es justamente con el que puede realizar su máxima de volver sobre sí mismo y ser dueño de sí en su digno camino. Sin embargo, para llevar esto a cabo, tendrá que enfrentar la doble dificultad que le presenta la educación negligente y el orden del tiempo del trabajo.

## Capítulo I: El Nacimiento de lo Huacho y su Deriva Histórica

### 1.a. De Wakcha a Huacho

Es un complejo desafío ingresar un concepto de vocablo popular como lo “huacho” al diálogo en perspectiva filosófica, ya que esta empresa requiere de variados aspectos a tener en resguardo, para que se pueda parlamentar adecuadamente con un concepto fundamental para la disciplina como lo es la *epimeleia heautou*. Por ello el objetivo de este primer capítulo es abastecer los imaginarios del concepto huacho, por medio de la revisión de su etimología y su devenir histórico, de modo de tener material suficiente desde donde escudriñar y proponer un diálogo con otros problemas filosóficos.

Resulta menester entonces revisar la etimología del concepto para enriquecer sus raíces, antes de revisar la deriva histórica que posee. En este sentido, quizás el antecedente más antiguo de la palabra “huacho” que se tiene a disposición es su origen quechua, vale decir; *Wajcha* o *Wakcha*, según como se translitere. Este concepto nos remite primeramente a quien habita en la pobreza, aquella persona que no posee nada, como también hace referencia a cualquier criatura huérfana. El diccionario de la Academia Mayor de la Lengua Quechua establece estas tres entradas que presentan mínimamente el significado en esta otra lengua:

**wakcha.** S. y adj. Pobre, menesteroso, necesitado, desposeído || Huérfano, abandonado sin padres. EJEM: wakcha runa, hombre pobre: wakcha herq’*e*, niño huérfano o sin padres.

**Wakchay wakchay.** Adj. Paupérrimo, misérrimo. || Muy abandonado, huérfano de todo. EJEM. Wakchay wakchay runa hamushan, viene el hombre paupérrimo, wakchay wakchay herq’*e* wañurun, ha muerto el niño huérfano de todo.

**Wakchu.** Adj. Animal huérfano de madre. EJEM: wakchu llamacha, llamita huérfana. (Academia Mayor de la Lengua Quechua, 2005, págs. 707-708)

En este se jerarquiza como primera acepción de *wakcha* a aquella que le vincula con la pobreza, dejando en un segundo lugar a la que refiere a la orfandad. Asimismo, sucede con el concepto de *wakchay*, que jerarquiza de la misma forma siendo un superlativo de la primera palabra. Por último, aparece el vocablo *wakchu* que refiere a la cría animal que es huérfana de su madre. En esta figura nos encontramos con una importante ampliación del imaginario que nos puede referir lo huacho, en vista de que versa sobre una ampliación al reino de la animalia, ya no quedándose restringido únicamente al ser humano. Entonces, aquí se encuentran dos estructuras primigenias del concepto, que podrían vislumbrarse como una suerte de ancestros referenciales comunes a lo que denominamos huacho.

En contraparte, la Real Academia Española de la Lengua reconoce el origen quechua del concepto guacho o guacha<sup>1</sup>, sin embargo, esta deviene en nueve diferentes acepciones que pueden resultar excluyentes entre sí, agrupadas según los distintos usos locales latinoamericanos. Quizás la más importante de estas transformaciones sea la casi nula referencia a la pobreza como principal eje del adjetivo, y que, en su lugar se ha reivindicado de distintas maneras el significante que le vincula con la orfandad. De estas definiciones me interesa trabajar con las primeras cinco, poniendo especialmente a las últimas dos que abordan el concepto exclusivamente desde la localía chilena. La razón de esta delimitación en la investigación yace en el simple argumento de que este es un cuestionamiento en torno a aquello huacho que nace situado en un determinado territorio, por lo que torna necesario volverse sobre los imaginarios locales específicos para desarrollarse.<sup>2</sup>

## **Guacho, cha**

---

<sup>1</sup> Cabe decir que la Real Academia Española también tiene una entrada para huacho, sin embargo, vincula esta a la palabra quechua huachu, la que podría traducirse como “surco”. Por ello la referencia como:

1. m. Ec. Surco hecho en la tierra con el arado.

En vista de que en Chile las y los intelectuales que se han dedicado al estudio del concepto utilizan la acepción de huacho y huacha, es también el uso que prevalecerá en esta investigación. No obstante, me gustaría dejar establecida la relación entre la imagen de un surco con las raíces latinas orbas y orbis de la palabra huérfano que también refieren de modo más indirecto a una privación y a un espacio vacío el cual se orbita.

<sup>2</sup> Las otras acepciones son:

6. adj. despect. coloq. Cuba. campesino (|| que vive y trabaja en el campo). U. t. c. s.

7. m. y f. Alb., Cuen., Guad. y Ur. Niño pequeño, chiquillo.

8. m. Cría de un animal, y especialmente pollo de cualquier pájaro.

9. m. Ec. y Perú. Décimo o fracción de un billete de lotería. U. m. en dim.

Tb. Huacho en acep. 9, Ec.

Del quechua *wajcha* 'indigente', 'huérfano'.

1. adj. Arg., Bol., Ec., Par., Perú y Ur. Dicho de una cría: Que ha perdido a su madre.

U. t. c. s.

2. adj. Arg., Bol., Chile, Par., Perú y Ur. Dicho de una persona: huérfana (|| a quien se le han muerto el padre y la madre o uno de los dos). U. t. c. s.

3. adj. Arg. Y Ur. Dicho de una planta cultivada: Que nace sin ser sembrada.

4. adj. Chile. Dicho de un hijo de madre soltera: No reconocido por el padre. U. t. c. s.

5. adj. Chile. Descabalado, desparejado.

Pese a haber realizado una selección, es importante rescatar de aquellos otros significados no selectos interesantes imaginarios que de una u otra manera se entrelazan a los propios de Chile, ya sea por su origen común o por las migraciones entre territorios aledaños. De estas cabe destacar como se mantiene la relación con el concepto *wakchu*, al estar el carácter de cría animal sin madre como la primera acepción. Por otra parte, en la tercera definición se encuentra una nueva e interesante figura que refiere por primera vez al mundo vegetal, estableciendo una imagen de la planta que es de origen desconocido, sin embargo, es cultivada.

Respecto a los segmentos en los que quiero reparar, quizás el aspecto de mayor relevancia sea el giro en torno a *lo huérfano* por sobre *lo pobre*, lo que se traducirá en una apertura a pensar la orfandad. Esta transformación del concepto se ilustra con claridad en el tránsito de las acepciones del quechua al español, en las que prácticamente desaparece la referencia a la pobreza, permaneciendo únicamente de forma indirecta. Por ejemplo, podría considerarse que, para los oriundos y oriundas de Cuba, la mención despectiva del campesino sí constituya de alguna manera una referencia a la pobreza. Probablemente esto se podría inferir porque el campesinado pertenece a la clase trabajadora, y específicamente a un sector de la clase que sistemáticamente ha sido desposeído de tierras propias para trabajar.

Este giro ya no solo rota hacia la orfandad, sino que también desarrolla y transforma el concepto. Esto se evidencia en la primera acepción de uso exclusivo en Chile, en la que se desarrolla la imagen de un hijo con su madre soltera, mientras que la participación del padre

se construye desde la ausencia al no reconocerle como hijo suyo. La singularidad de esta relación radica en que ya no requiere de la orfandad en tanto esta es el abandono material, ya sea por muerte o por completo abandono, sino que ya toma un carácter de abandonado o abandonada desde un orden normativo, nominal y simbólico que trasciende la presencia física. Es decir, este padre de quien es huacho o huacha, es aquel progenitor que no reconoce a su descendencia y puede hasta habitar el mismo hogar. Todo lo anterior, no obstante, desentendiéndose que es su responsabilidad, lo que se traduce en un abandono de deberes para con él o ella, relacionándose desde el descuido, la desidia y la negligencia.

Inclusive, esta figura de lo huacho tiene una tan marcada presencia en la cultura chilena que hasta se encuentra plasmada en su historia jurídica moderna, habiendo sido recién en el año 1998 derogada la ley que escindía a la descendencia legítima de la ilegítima desde 1855 (Biblioteca del Congreso Nacional, 2018). Es decir, aquella distinción de la prole nacida dentro y fuera del matrimonio, como la descendencia fidedigna y la huacha respectivamente. Aquello nos da cuenta de lo integrado que estaba, incluso en el marco legal, la posibilidad de desentenderse del rol de cuidador para los varones. Esta división de roles de género la revisaré con mayor detención al rescatar algunos de los aportes que realiza Gabriel Salazar (2006) sobre la historia de lo huacho.

Por otra parte, para terminar de atender a la revisión de acepciones es importante detenerse en la otra imagen que se construye en Chile, aquella que refiere a lo descabalado o desaparejado. Esta figura nos remite a una transformación inarmónica en la que se pierde lo símil, lo par. Entonces lo huacho se plantea como aquello que fue despojado de su par. El problema de lo que es símil a uno mismo resultará gravitante en términos filosóficos ya que apertura el problema de entender la existencia del yo a través de lo otro y viceversa.

### *1.b. Lo Huacho en la Historia*

El recorrido etimológico hasta ahora desarrollado si bien es profundamente enriquecedor del imaginario que constituye lo “huacho”, no repara en su trayectoria histórica. Por lo que estaríamos perdiendo la sustancia material que alimenta esta idea. Vale decir, es por medio de la investigación histórica que se podrá dar cuerpo a esta madeja de acepciones.

Para llevar a cabo esta indagatoria es preciso volver sobre la obra de Gabriel Salazar, sin duda el historiador que más ha estudiado y escrito sobre este concepto.

Salazar, en su obra “Ser niño “huacho” en la historia de Chile (siglo XIX)” (2006), revisa el concepto en los albores de la recién independizada República de Chile durante el siglo XIX. Para ello el autor realiza una revisión de los anales históricos de la época, es decir; revisando partes judiciales, periódicos, cartas y cualquier otro documento que mencionara directamente el concepto niño “huacho” o alguno que indirectamente refiriera al tema.

No debe pasar inadvertido que el título del libro pone como sujeto al “niño huacho”, abriendo inmediatamente la perspectiva de lo huacho a las distintas edades biológicas del ser humano, no restringiéndose solamente a la niñez. Incluso, el primer apartado del libro da inicio con la cita: “Ahora sé por larga experiencia el lugar común: En realidad no hay adultos, solo niños envejecidos.” (2006, pág. 7). Con este epígrafe se explicita aún más el carácter transgeneracional de esta categoría, dando cuenta de cómo ese imaginario que se construye sobre la niñez o infancia es un lugar que trasciende y acompaña también a la adultez. Esto cobra relevancia en al menos dos sentidos, uno en el momento en que este concepto se flexibiliza para convertirse en un modo de subjetividad que es incluso admitido en el lenguaje coloquial en forma de vocativo afectuoso, como, también, admite un claro paralelo con las nociones de infancia que se trabaja desde la rama de la Filosofía de la Infancia o Filosofía con Infantes.

Dicha rama de la Filosofía establece a la infancia como un modo de habitar el mundo, y por ello también una apertura a una forma de ser filosóficamente en el mundo, específicamente; el modo de vivir intensamente como sostiene Walter Kohan, uno de sus más prolíficos exponentes, en “Infancia y Filosofía” (2009). Esta forma de referir a la infancia, desmenuzada de su carga de desarrollo biológico asociada al periodo cronológico que es la etapa de la niñez, es bastante similar a como Salazar (2006) concibe lo huacho. Es decir, recoge el concepto desde el carácter asociado a la niñez, no obstante, tempranamente, ya incluso en el título, sobresee de este origen a lo huacho permitiéndole a la idea trascender hacia un modo de ser y estar en el mundo.

Para presentar este modo de ser y estar en el mundo, Salazar (2006) entrega por medio de la reproducción de fuentes directas de la época luces de cómo se trataba a la infancia, y por ende cuál era el lugar de origen de esta niñez huacha. Abre el primer capítulo del libro

contándonos sobre el parte judicial que narra el desenlace fatal de la illapelina Rosaria Araya, aquella campesina que muere al dar a luz a su cuarta hija luego de varios días de intermitentes partos y continuo dolor

En este relato judicial, Salazar (2006) repara en cómo al padre ausente de estos hijos e hijas se refieren tan solo una vez en toda la nota. En concreto la mención que se le hace al padre es meramente descriptiva: “había sido embarazada, según se supo, por Mateo Vega, peón de 26 años, soltero, del mismo valle” (pág. 13). Para el autor esto en buena medida se explica por la cultura en que acontecen los hechos, una cultura donde la gran mayoría de los padres no se hacían cargo de sus hijos, y tampoco se sentían compelidos a hacerlo.

“Porque, cuando se tenía un padre como ese Mateo, es decir: un simple “peón”, entonces había que hacerse la idea de que papá no era sino un accidente –o una cadena de incidentes- en las vidas de su prole. Pues los hombres como Mateo no formaban familia. Se sentían compelidos, más bien, a “andar la tierra”. En camino a otros valles, de vuelta de otros fundos, en busca de vetas escondidas. Escapando a los montes. Atravesando la cordillera. Apareciendo, desapareciendo.” (Salazar, 2006, pág. 21)

Esta figura del peón, también conocida como “peón gañán”, es una categoría social que denominaba a estos jornaleros sin especialización que vagaban por los campos y pueblos ofreciendo su fuerza de trabajo. Por estos trabajos Salazar explica se les “pagaba” con ración y sin salario, o con un jornal que apenas les alcanzaba para mantenerse, por lo tanto, menos aún para mantener a su prole. Este sujeto deriva en una figura ausente que primeramente genera una aureola de leyenda para sus hijos e hijas, pero con sus repentinos lastimeros, alcoholizados y violentos retornos al rancho de la madre se torna en una imagen que causa rechazo y muchas veces temor en su descendencia. Si bien este padre no estaba muerto, no constituía un ejemplo para sus hijos e hijas, sino más bien un tren de problemas que de la noche a la mañana podía irrumpir en el hogar. Entonces su corta presencia es la de una figura proscrita e incapaz de responsabilizarse o cuidar de alguien más e incluso de sí mismo.

Además de este padre, señala Salazar, existe otro que resulta clave para comprender este periodo de yugo patronal, es decir; el padre inquilino que trabajaba estos fundos. Al interior de este sistema de hacienda, se reproducía la jerarquía hasta su eslabón basal que era

la familia del inquilino que residía en un rancho adentro del fundo del patrón. Por lo tanto, era también -como familia y rancho- parte del bien inmueble del patrón y su descendencia, estando obligada a cumplir con los más absurdos requisitos para no ser echada del terreno.

“¿En qué se convertía, al final de todo, nuestro papá “inquilino”? En un hombre apocado, servilizado, apatronado, sin agallas propias, y en el jefe de un proyecto sin destino ni dignidad. Si uno quería ser un “hombre” de verdad; o sea, un hombre digno, dueño de su propia vida y eficiente conductor de su propia familia, entonces no podía escogerlo a él como modelo. Así no tenía sentido quedarse al lado de él.” (2006, págs. 28-29)

Por su parte, el padre inquilino era un sirviente a disposición del patrón en todo momento y lugar, pudiendo este obligarle a trabajar luego de su extensa jornada laboral, trayéndole en calidad de acompañante en sus borracheras y andanzas nocturnas. Por lo tanto, la mayor desgracia para este inquilino yace en no ser dueño de su propia vida. Esto implica ser incapaz de erigir su propio destino, no tener la capacidad de ocuparse de sus propios asuntos, deseos, intereses y necesidades.

Luego este padre, en relación a su familia, lejos de ser una figura amada por su prole, en realidad les inspiraba miedo y vergüenza, acompañando esta evocación de un profundo repulso y deseo de abandonarle en su miserable servidumbre. No es para menos, ya que este hombre se tornaba en un iracundo y autoritario patrón de tercera categoría que se desquitaba con sus hijos e hijas o con su pareja. Muchas noches llegando borracho de sus andanzas a la siga del capataz, este reproducía los suplicios que le daban llegando incluso en extremos a acriminarse con su propia prole.

A continuación, Salazar desarrolla otras figuras más rebuscadas de hombres insertos en esta sociedad señorial a través de distintos oficios, no obstante, todas ellas con similar desenlace, es decir el abandono de su prole en función de su ocupación laboral. El autor entonces explora los caminos de los chacareros, pirquineros, parceleros, bandidos, entre muchos otros, pero concluye que siempre devienen en presencias pusilánimes o, mejor dicho, repara, en que estos son en realidad “ausencias que fueron incapaces de retener a su lado los muchos hijos que echaron al mundo” (pág. 34)

Acusa el autor que estos en definitiva son padres que, en lugar de abrirle el camino a sus hijos e hijas, más bien se lo bloquearon (Salazar, 2006, pág. 34). Ya que, en lugar de ser un modelo de dignidad que eche luz sobre algún camino a seguir en este mundo, es decir en palabras del autor; alguien dueño de sí mismo y con capacidad de guiar a los suyos, es en realidad un estorbo para poder decidir adecuadamente sobre qué camino se ha de tomar (pág. 29). Es un referente vacío, que conduce al huacho a un camino impropio, una senda donde él mismo sobra.

### *1.c. Del Huacho Adolecer de Camino*

Por lo referido hasta ahora en la obra de Salazar se intuye la existencia de una diferencia sexual en el desarrollo de la subjetividad huacha, escindiendo en los roles de padre y madre los modelos del huacho y la huacha respectivamente. Dicha división se percibe desde el mismo título de la obra, la que demarca el problema de lo huacho con énfasis en la niñez masculina al centrarse en el estudio de la subjetividad del “niño huacho”. Entonces cabe preguntarse; ¿Por qué indagar desde lo masculino? ¿Por qué no preguntarse en cambio por “lo huacho” o “la huachez” misma en neutro? O ¿Por qué no por la niña huacha o la huacha simplemente? ¿Acaso este concepto de “niño” que utiliza es aquel que formal y descuidadamente engloba en silencio a las niñas también?

A lo largo del texto va quedando en evidencia que Salazar en realidad hace referencia al niño huacho en una identidad masculina de forma excluyente de la niña huacha. Ya se despeja toda duda cuando se refiere a ellas como un ser otro reconociéndolas como *nuestras hermanas*. Aunque, sin duda, lo más clarificador al respecto es la narración que se expresa en primera persona plural, integrándose y reconociéndose de este modo el autor en las subjetividades de los niños huachos. Asimismo, otro importante ejemplo aparece cuando se acerca a ideas del devenir común de los niños huachos, como por ejemplo con la *camaradería masculina*, sin vislumbrar nada similar en torno a un despliegue femenino común.

Pareciese que para el autor resulta ineludible esta división sexo-género al interior de la cultura chilena, ya que se le presenta como estructura de una determinada composición familiar que se construye por medio de la asignación de roles en base al género. En este sentido quizás sea más acertado decir que corresponde al fracaso en la instalación de este

ideal valórico europeo sobre la familia en la América Latina. De modo que Salazar opta por desglosar primeramente las labores masculinas y como estas devienen en una paternidad ausente que determina lo huacho, para luego escudriñar las vicisitudes que implican el rol femenino en torno a la labor de la madre a cargo de infinidad de vástagos huachos e indagar en los limitados despliegues económico-sociales que tenían las mujeres en la época.

Si bien Salazar no ahonda en la subjetividad de la niña huacha o de la huacha en general, sí lo hará respecto la figura de modelo que le es referente, es decir; su madre. De modo que el texto tratará su historia en tanto ella misma como también la relación que mantiene con sus huachos. Primeramente, es importante explicitar que para la madre el quedarse a cargo de las y los hijos le era un trabajo pesado, e incluso un estorbo.

“Entonces digámoslo de entrada mamá se quedaba a disgusto con nosotros. Es que para ella éramos un cepo que le impedía moverse con la agilidad requerida para subsistir en un medio tan difícil como era el que acosaba a las chilenas pobres del siglo XIX. Un medio donde la mayoría de los hombres – se supone los más fuertes-fracasaban sin remedio. Mamá no podía escapar de nosotros. No. No podía. Y por eso, digámoslo francamente: la estorbábamos.” (2006, págs. 34-35)

Es aquella relación de disgusto, estorbo, estancamiento la que recubre el vínculo entre madres y huachos, donde el deber de hacerse cargo de estos infantes se torna una labor de tiempo completo. Es en este sentido que se termina pareciendo bastante la posición, por una parte, del padre con sus patrones y por otro, la mujer con su deber maternal.

Es el rol asignado a la madre el de hacerse cargo de las crías, no obstante, esto no se corresponde con el problema de cuidar sino más bien con el de proteger, en el sentido de ayudar a sobrevivir. La diferencia radica en que esta última mantiene relación con otorgar un refugio, proveniente del latín *pro-tectus*, mientras que el origen del cuidar yace en el famoso *cogito*, que nos refiere al pensar. Lo cuidado es aquello que es pensado, aquello que nos ocupa nuestro tiempo, espacio y energía. Sin embargo, la madre siempre está ocupada en sus labores. “En cualquier caso, estaba siempre ocupada. Nuestra algarazara, por más terrible que fuera, no lograba distraerla de sus quehaceres, ni retenerla para nosotros. No la poseíamos. Era, para nosotros, una madre ajena.” (2006, pág. 39)

Del anterior extracto no solo se entiende la forma de desconexión de la madre con sus hijos e hijas, sino también se roba la atención ese afán del huacho por poseer a la madre. Al respecto se puede establecer el deseo de quien escribe, también acomodándolo al deseo de quienes en su nombre escribe, es decir; los huachos en su diversidad y conjunto. Si bien da para un profundo análisis de la relación entre el niño huacho y su madre, no me detendré en ello en función del objetivo último que es acotar lo huacho a un objeto más simple y claro que pueda ser introducido en el campo de la filosofía. No obstante, me parece importante reconocer en este deseo un vital elemento de la diada inseparable que constituyen madre e hijo como categorías asignadas a los géneros dentro de la cultura mestiza según establece Sonia Montecino (2010).

Por el contrario, el interés en esta cita no recae en sostener la idea de que sus hijos no le poseían, sino en el hecho de que, al estar tan ocupada ella en su labor, ni ella misma se poseía efectivamente. Es decir, el tiempo de ella estaba completamente dado a ocuparse de su labor, de su obligación, de su rol asignado, no de sí misma o su deseo. Este es uno de los casos que ilustra Salazar sobre aquellas mujeres que convertían sus ranchos en chinganas o fondas para alcanzar a generar los dineros mínimos para sobrevivir.

“...más tarde o más temprano, los jueces determinarían deportarla a La Frontera, donde la “depositaban” en casa de algún propietario “de honor”, para que sirviese de por vida, “a mérito y sin salario. Cuando ordenaban eso, confiscaban también su sitio, incendiaban su rancho, y a nosotros nos repartían en diferentes “casas de honor”, para aprender a servir y “tener amo”, único modo de ganarse el derecho a circular por el territorio sin ser perseguidos por “vagabundos”. ¡Pobre mamá! Su callejón, sin salida, era de ida y vuelta: de sirvienta a puta, y de puta a sirvienta. Y en ese callejón crecíamos nosotros. Era nuestro modo de ser huachos.” (2006, pág. 42)

Atrapada en un sinnúmero de oficios para sostener su vida y la de sus huachos, está condenada en una sociedad de fuerte carga moral que la castiga por medio de la servidumbre por desempeñar las pocas labores que realmente la sustentan. Lamentablemente ella no podía sino estar todo el tiempo ocupada en la resolución de labores que le permitan sobrevivir. De este modo ser madre no implica ser cuidadora de otros, sino más bien significa proteger a

otros y otras por medio de la postergación de sí misma. Por lo tanto, para sus hijos e hijas no representa ella un modelo a seguir. Ante todo, para el niño huacho por la exigencia de verse representado en un modelo masculino, por lo que terminan adoleciendo dicha figura.

Esta figura de lo huacho como lo abandonado será de mucha utilidad para emprender una profunda inmersión de lo huacho en la filosofía, precisamente por lo que implica el concepto de abandonado, es decir, ser descuidado. El abandono, la desidia, el descuido y la negligencia se convierten en las nuevas protagonistas de lo huacho, en particular esta figura del descuido. Si ya no servía el vínculo con el padre había que desecharle y emprender un camino propio.

“¡Que se pudra en su servilismo! Y si eso significa rodar por allí solo, sin padres y sin familia, sin otra tierra bajo los pies que el polvo de los caminos, transformado en un huacho vagabundo por opción de dignidad, pues, ¡vaya!, que así sea. Es lo mejor.”  
(2006, pág. 29)

Lo huacho se presenta entonces como esta subjetividad que adolece de un ejemplo que sea digno, es decir, que sea capaz de cuidar y ocuparse de sí, ya que si no se posee a sí mismo como demuestra este padre inquilino, y se debe en cuerpo y alma a un dueño o gobernador externo, entonces es un sujeto incapaz de hacer su propio camino. Por ello, al huacho, se le presenta como máxima realización ser dueño de sí mismo y poseer un camino digno sobre el cual vivir y compartir a los suyos.

## Capítulo II: El Cuidado de sí y lo Huacho

### 2.a. *Epimeleia Heautou*

Hasta ahora se han abordado las figuras de descuido que acompañan y componen al concepto de lo Huacho. El componente del descuido apertura el camino hacia el problema filosófico de larga data y vital importancia histórica, con esto me refiero al concepto griego de la *Epimeleia Heautou*. Dicho concepto tuvo la traducción predilecta al francés de *souci de soi*, que de forma natural se podría trasladar al español como “cuidado de sí”, sin embargo, también puede entenderse como la “inquietud de sí”, la “preocupación de sí”, o también la “ocupación de sí”.

Primeramente, cabe decir que para esta investigación se ocupará la lectura de Foucault<sup>4</sup> sobre el último Sócrates, y es importante tener en cuenta que no se trata de cualquier Foucault (2002) sino de aquel que está ad portas de la muerte por el avance de su enfermedad. Por ello a Walter Kohan (2009) le parece reconocer una gran empatía en Foucault con el filósofo griego en su apología. Este es un elemento clave a tener en consideración para atender este concepto que se vuelve sobre la vida misma, y como se revisará en mayor profundidad, constituye un modo de vivir.

Este modo de vivir fue evolucionando al interior de las escuelas filosóficas y de las propias vidas de quienes filosofaban, por ello se van desarrollando un sinnúmero de prácticas y teorías por varios cientos de años. Asimismo, se dio un proceso que Foucault denominó “momento cartesiano”. Este consistió en poner en escena la existencia del sujeto como puerta de acceso al conocimiento del ser y de la verdad en una valorización del “conócete” al tiempo de una descalificación del “cuídate” (Castro, 2011, págs. 87-90).

“La filosofía (“forma de pensamiento que se interroga sobre lo que permite que sea posible la existencia de lo verdadero y lo falso”; Foucault, 2001:16) queda del lado del conocimiento y, concomitantemente, fuera de la vida. La espiritualidad (“investigación, práctica, experiencia, por las cuales el sujeto opera las

---

<sup>4</sup> Es importante considerar que Foucault trabaja centrándose en el Sócrates platónico.

transformaciones necesarias para tener acceso a la verdad”; 16) queda del lado de la vida y, a la vez, fuera del conocimiento” (Kohan, Sócrates: el enigma de enseñar, 2009, pág. 49)

Al interior del momento cartesiano, se evidencia un quiebre entre filosofía y espiritualidad, quedando dividido lo que antes estaba junto: conocimiento y cuidado, y también entre verdad y vida. Desde entonces, para la filosofía, se prescinde, como condición necesaria en el acceso al conocimiento verdadero, de cualquier experiencia, ejercicio vital o transformación del sujeto. Mientras que en la espiritualidad es diferente, siempre se necesita del movimiento del sujeto para que este sea capaz de acceder a la verdad.

Es importante enunciar este quiebre para que desde este tiempo moderno se pueda comprender la distancia con conceptos que podrían no parecer propios de la filosofía como es el cuidado de sí. Para Foucault, Sócrates se presenta como fundador de la filosofía siendo una persona profundamente espiritual, por ello resulta importante poder aunar vida y verdad ahora divididos. Foucault explica la primera hora de clase del 6 de enero de 1982 que hay al menos tres características principales de la *epimeleia heautou*, que se superponen a este quiebre (Foucault, 2002), estas son:

- 1) “En primer lugar, el tema de una actitud general, una manera determinada de considerar las cosas, de estar en el mundo, realizar acciones, tener relaciones con el prójimo. La *epimeleia heautou* es una actitud: con respecto a sí mismo, con respecto a los otros, con respecto al mundo.” (pág. 28)

Como ya se había presentado, un aspecto central del concepto pasa por este modo de vivir o de habitar el mundo. Primeramente, Foucault esclarece que este modo de vivir tiene un precedente bastante más antiguo al mismo Sócrates en un texto tardío de Plutarco. En este narra un diálogo del lacedemonio Alexandrides, quien ante la pregunta de por qué hacen a sus esclavos ilotas cultivar sus campos en lugar de ocuparse ellos mismos de hacerlo, este responde que es “simplemente para poder ocuparnos de nosotros mismos” (2002, pág. 45). Esto da cuenta de una determinada situación estatutaria de poder en la que se goza del acceso a la *epimeleia heautou*. En cambio, ya en el Alcibíades I (1992) se trata de una

acción política, donde el joven Alcibíades debe preocuparse de sí para lograr ser un buen gobernante, de otro modo no logrará transformar sus privilegios en acción racional. Con esto, asevera Foucault, que en un principio la *epimeleia heautou* está ligada al ejercicio de poder, por tanto, emerge entre el privilegio y la acción política.

- 2) “En segundo lugar, la *epimeleia heautou* es también una manera determinada de atención, de mirada. Preocuparse por sí mismo implica convertir la mirada y llevarla del exterior al... iba a decir “interior”. Dejemos de lado esa palabra (tengan en cuenta que plantea una multitud de problemas) y digamos simplemente que hay que trasladar la mirada, desde el exterior, los otros, el mundo, etcétera, hacia “uno mismo”. La inquietud de sí implica cierta manera de prestar atención a lo que se piensa y lo que sucede en el pensamiento. Parentesco de la palabra *epimeleia* con *melete*, que quiere decir, a la vez, ejercicio y meditación. También en este caso habrá que dilucidar todo esto.” (pág. 28)

Este carácter de la *epimeleia heautou* en tanto un movimiento es clave para el desarrollo de esta investigación, ya que este momento de traslado de la mirada del exterior hacia sí mismo o sí misma es una ocupación que le es restringida a lo huacho en su modo de habitar el mundo. Esto será revisado con mayor profundidad en el capítulo final de esta investigación, analizando el encuentro y desencuentro de lo huacho con este instante de volverse sobre sí.

- 3) “En tercer lugar, la noción de *epimeleia heautou* no designa simplemente esa actitud general o forma de atención volcada hacia uno mismo. La *epimeleia* también designa, siempre, una serie de acciones, acciones que uno ejerce sobre sí mismo, acciones por las cuales se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica y se transforma y transfigura. Y, de tal modo, toda una serie de prácticas que, en su mayor parte, son otros tantos ejercicios que tendrán (en la historia de la cultura, de la filosofía, de la moral, de la espiritualidad occidental) un muy largo destino. Por ejemplo, las técnicas de meditación, las técnicas de memorización del pasado,

las técnicas de examen de conciencia, las técnicas de verificación de las representaciones a medida que se presentan a la mente, etcétera.” (págs. 28-29)

Si bien este último carácter no es el más relevante en lo que respecta a los objetivos de esta investigación, si nos presenta el problema de que para cuidar de sí se debe tener tiempo para invertir en las acciones que permiten volver la mirada. Al menos los ejercicios técnicos aquí descritos si lo requieren. Ese es el gran problema que va a entrelazar el capítulo final, la disposición temporal que atraviesa el ser huacho, y con especial atención a que sucede con sus tiempos relacionados al momento de posar la mirada sobre sí.

Ya estando planteado el problema del cuidado de sí, se asoma la pregunta de rigor por aquello que es llamado sí mismo o sí misma. Esta pregunta se desarrolla explícitamente en el Alcibíades I (Platón, 1992) e indirectamente en el Laques (Platón, 1981). En el primero se aclaran las dudas señalando que entre ser alma, cuerpo o una mezcla de estas es en realidad la primera opción. Argumentando que al solo conocer el cuerpo se conocería únicamente las cosas de sí mismo, es decir; lo gobernado. Entonces el sí mismo yace en el alma que vendría a ser aquello que gobierna en nosotras y nosotros mismos. En cambio, en el Laques se centra el sí mismo en el modo de vida que sostenemos, específicamente en el *logos* que sustenta nuestra forma de vivir la vida, es decir; en la razón que permite entender por qué vivimos la vida que vivimos. De este modo en Alcibíades I se abre un camino metafísico para abordar el problema del alma y el sí mismo, mientras que en el Laques se aventura una estilística de la existencia. Cabe decir, que en ambos textos los interlocutores de Sócrates concluyen que deben cuidar de sí, y también dicho sea de paso se concluye que hay que ocuparse de los jóvenes que sufren una educación deficitaria o negligente. Ambas reflexiones resultan sumamente afines a los objetivos de esta tesis.

## 2.b. El huacho y la búsqueda de la sabiduría

Ya habiendo atendido la pregunta por aquella sí mismidad que apela el concepto de *heautou*, ahora cabe preguntarse también por la idea de *epimeleia*, la que, como ya se mencionó en el apartado anterior, puede traducirse tanto como: cuidado, inquietud, ocupación o preocupación. Esta polisemia mantiene relación con las dificultades mismas que

implica atender el alma o la razón de quien vive y cómo vive, que es el significado propuesto de aquello *sí mismo*.

Sócrates en el Alcibíades I (Platón, 1992) atiende esta cuestión refiriéndose al *gnothi seauton*, traducido al español como “conócete a ti mismo”, como una forma del cuidado de sí. En concreto él explica que: “conociéndonos, también podremos conocer con más facilidad la forma de cuidar de nosotros mismos, mientras que si no nos conocemos no podríamos hacerlo” (pág. 72). De este modo queda supeditado el conocimiento de sí al cuidado o la inquietud de sí en calidad de un método para acceder al cuidado de sí.

Ante ello se asoma inmediatamente el problema de cómo se conoce a sí mismo o sí misma. Esto es lo que Sócrates le explica a Alcibíades que tan solo ha encontrado como un buen ejemplo de algo que se conoce a sí mismo a la vista (Platón, 1992). Ilustra el momento en que una pupila observa su reflejo ser espejado en otra pupila, la que a la vez hace uso de su virtud, es decir; la vista. De este modo la pupila que capta este otro ojo mirando, de pronto se ve a sí misma espejada en esta otra pupila, y en ese instante capta su propia facultad de mirar en tanto ojo que también es. Este despliegue de su facultad máxima, la *areté* es el que Sócrates considera lo que debe buscarse en el alma propia cuando se persigue cuidar de sí, en este caso hace referencia a la sabiduría como su propia facultad.

“Entonces, mi querido Alcibíades, si el alma está dispuesta a conocerse a sí misma, tiene que mirar a un alma, y sobre todo a la parte del alma en la que reside su propia facultad, la sabiduría [*σοφία*], o a cualquier otro objeto que se le parezca.” (Platón, Alcibíades I, 1992, pág. 80)

Aquí entra un elemento importantísimo para esta investigación, aquella condición que exige el cuidado de sí, es decir; el mirar un alma, específicamente el mirar la sabiduría en esta. Esta condición implica el encuentro con otra alma con la cual espejarse, tal como lo hace el ojo con su par, sin embargo, debe ser una que destelle sabiduría frente a la propia, de otro modo no existirá el encuentro con la facultad que sea capaz de espejar la mirada hacia

la propia sabiduría. De este modo el rol de la sabiduría pasa a ser central ya no sólo como *arjé* del alma sino también como motor del movimiento que permite el conocimiento de sí.

En general sobre el asunto de la sabiduría Sócrates en el mismo Alcibíades I (Platón, 1992) habla de sabiduría en tanto *sofia* (*σοφία*), como *sophrosyne* (*σωφροσύνη*) (págs. 81-82). El primero refiere al sentido más general de sabiduría, relacionado con la experiencia, la destreza y la erudición (Vox, 2011, pág. 540). Mientras que la segunda se vincula con la prudencia, la templanza (pág. 572) e incluso se le caracteriza como “sabiduría moral” según algunas traducciones (Platón, 1992). Este segundo sentido aparece referido como sinónimo de conocimiento de sí mismo en el Alcibíades I (Platón, 2013).

La aparición del concepto de sabiduría en la vida del huacho solo aparece consignada en una ocasión en lo que respecta a la obra de Salazar (2006). Estando asociada esta a una experiencia cálida e íntima con el padre inquilino, siendo un momento singular en la existencia del huacho.

“Solo cuando éramos muy niños. Cuando había que acompañarlo a potreros distantes –por ejemplo, para hacer carbón–, solo entonces, allí, en soledad, hundidos en el silencio de los cerros y el ruido de la brisa, lográbamos establecer con él una relación cálida. Íntima. Allí se nos aparecía el papá que todos esperábamos: sabio, poderoso, capaz de hacer cualquier cosa y de enseñarnos todo.” (Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX), pág. 27) <sup>6</sup>

Se destaca aquí el encuentro con la figura modelo de sabio, capaz de enseñar y hacer cualquier cosa, ya sea en el ejemplo citado o en el que el mismo autor refiere<sup>7</sup>. En este

---

<sup>6</sup> Cabe decir, que como es la tónica del libro, este corresponde a una subjetividad huacha masculina justamente con un referente masculino. Sin duda han de existir múltiples ejemplos de encuentros de este carácter entre referentes y exponentes de la subjetividad huacha, los que probablemente tienen sus propias singularidades. No obstante, el objetivo de esta cita busca indagar en un elemento común a todas ellas, pese a estar abierta a la posibilidad que en realidad tan sólo se esté versando sobre el referente huacho y modelo en clave masculina.

<sup>7</sup> “Una noche me comidó mi padre para que fuéramos a pescar vagres en el estero, y fuimos los dos. Llevamos dos anzuelos con sus respectivos gusanos y nos instalamos al lado de unas grandes masas de sauces llorones, que son los que crían grandes champas en el agua con sus raíces y que sirven de criadero para los vagres... Estuvimos hartó rato... El vagre que había pescado era tan grande y como corcoveaba tanto debajo del agua

singular acontecimiento aparece el ausente padre inquilino y se torna por un breve lapso de tiempo un referente digno de sabiduría. Cabe mencionar que para que aquel encuentro íntimo tuviera lugar se necesitó de ciertas condiciones de ruptura de la cotidianidad del trabajo en que se desenvolvían padre e hijo huacho. En este caso en concreto la interrupción se sirve de un viaje de internación en la naturaleza alejadas del espacio de trabajo habitual y del patrón, por lo que el padre está a salvo del gobierno que ejerce el patrón sobre él. De este modo el padre puede mostrarse sin supervisión ni presiones, ya no se encuentra ocupado en atender las tareas del patrón, sino que dispone del tiempo para ocuparse de su trabajo, pero de la forma en que el mejor estime, puede gobernarse en cierto sentido frente a su hijo.

Lo central aquí es que el huacho tiene un encuentro con una figura de sabiduría, una figura que manifiesta destreza, capacidad de hacer todo, pero también de enseñar y compartir todo ese conocimiento. La sabiduría del padre radica no en el compartir el oficio como una técnica útil, sino en compartir un fragmento de un modo de vivir, un destello de ese *logos* que se mencionaba en el Laques (Platón, 1981). Ya se evidencia en el relato que rescata Salazar, donde padre e hijo comparten en el estero pescando “vagues”, aquí la felicidad del huacho radica en aquella apertura del padre, quien le comparte un quehacer que le hace manifiestamente feliz. Es este espacio calmo e íntimo que se propicia en el medio natural se asoma aquello que es valioso a este ser que siempre está ocupado, vale decir, se contempla que es lo que le hace valer la pena vivir del modo en que vive, se vislumbra su *logos*. Para esto el contexto debe favorecer el encuentro, pero también es relevante que exista cierta disposición a la apertura, por una parte, la de la visión atenta del huacho y la templanza desde la cual compartir por el lado del padre.

En añadidura, si se retoma el sentido expuesto en el capítulo anterior de lo huacho como lo desaparejado, acá se está hablando de lo huacho en la medida en que no encuentra un alma en la cual espejarse y volver la mirada sobre sí. Este caso que rescata Salazar es el encuentro de un par en el cual verse y volverse a sí, el que no debe ser necesariamente su padre biológico, sino como establece el principio socrático, un alma en la que podamos apreciar sabiduría. El huacho lo que anhela o adolece es el encuentro con este otro que represente un modelo o ejemplo digno, este es el deseo de encontrarnos con aquella alma que

---

yo no lo podía levantar, entonces acudió mi padre y me alludó... Qué gusto y algazara tuvimos los dos con el vagre y lo llevamos a la casa en triunfo... Mi padre les contaba como lo había sacado yo” (Salazar Vergara, 2006, pág. 27)

en su destello de sabiduría nos permite volver sobre nuestra *sí mismidad*. En otras palabras, la subjetividad huacha y la *epimeleia heautou* se relacionan en el sentido de la carencia y el anhelo, entendiéndose el huacho desde la figura de des-cuido.

### *2.c. Cuidado de sí Contra la Educación Negligente*

Resulta innegable que el problema del cuidado de sí está inexorablemente vinculado a la educación, de hecho, es un asunto directamente abordado por los diálogos platónicos. En particular la conjunción de educación y *epimeleia heautou* aparece mostrando a la primera en una situación deficitaria mientras que la segunda es el elemento que viene a recomponer la carencia. Ya se evidencia en el caso del Alcibíades I (Platón, 1992), diálogo insigne del cuidado de sí, en el que se desarrolla el caso del mismo Alcibíades, un joven huérfano que resulta tutelado por Pericles quien le asigna como pedagogo a un viejo esclavo de escueta formación, al que a Sócrates le parece un maestro “completamente inútil por su edad” (pág. 58). Otro ejemplo es el del Laques (Platón, 1981) en que se nos presenta a los jóvenes Lisímaco y Melesías quienes han sido completamente descuidados en su educación, producto de la despreocupación de sus padres en beneficio del trabajo político que desempeñan (págs. 450-459). Walter Kohan vincula uno y otro para escribir sobre sus similitudes, en tanto ambos describen casos de jóvenes con una educación negligente que requieren de una enseñanza del cuidado de sí (2009, págs. 54-55).

Asimismo, lee Kohan (2009), parece ser que para Sócrates el principal indicio de negligencia radica en la ignorancia de la propia ignorancia, lo que deviene en ser el principal defecto humano; “todo se puede ignorar menos la propia ignorancia” (págs. 61-64). Primeramente, se distingue entre la ignorancia que se reconoce en sí y luego aquella que pasa desapercibida mientras efectivamente se cree saber algo (pág. 50). Esta segunda es la que considera peligrosa, es un vicio que, según lo que el pensador ateniense explica a Alcibíades, debe ser atendido a cierta edad entre la juventud y la adultez, al menos antes de llegar a los cincuenta años, ya que de lo contrario sería muy difícil ponerle remedio (Platón, 1992, pág. 69). Pareciese que es difícil de remediar en vista de que la mirada se encontraría atrofiada, ya que esta estaría siempre puesta en el exterior y acomodada en él se tornaría reacia a volver sobre sí, y, por lo tanto, menos capaz aun de contemplar la propia ignorancia.

Justamente según el Oráculo de Delfos no hay nadie más sabio que Sócrates, a pesar de que este no posea más saberes que nadie en ningún arte en particular, sino más bien, él se entiende a sí mismo igual de ignorante que todo el resto, no obstante, a diferencia de las y los demás, él es quien tiene mayor claridad de su propia ignorancia (Kohan, 2009). Esta se vuelve su piedra base para fundar la filosofía, la relación con la propia ignorancia, por sobre, incluso, la relación con el saber. Entonces, concluye Kohan, que el rol de quien ejerce la filosofía es el siguiente:

“el filósofo es el que sabe que nada sabe y hace creer que nadie sabe nada, el que cuida de sí y hace que todos los otros cuiden de sí.

En el “saber que no se sabe” radica la infancia de la filosofía. En el “cuidado de sí”, la infancia de la educación.” (2004, pág. 201)

Como evidencia el fragmento, el nexo filosofía y educación es constitutivo del trabajo socrático, y deviene este nexo en ser fundador de cimientos para ambas disciplinas. Sin embargo, curiosa y contradictoriamente, al menos en apariencia, Sócrates continuamente rechaza el rol protagónico de la educación, es decir; el del maestro. Él dice que no sabe nada y que por tanto no tiene nada que enseñar a nadie, lo que afirma en más de una ocasión en la misma Apología (Platón, 1981). Según explica Kohan (2009), en realidad el objetivo de Sócrates es refundar el lugar del maestro, dígase del maestro de un arte en particular, sea cual sea este. En cambio, lo que él desea es otro lugar para el maestro dado a guiar al resto a que cuiden de sí, por medio del camino del *logos*, es decir; que todos sean capaces de enfrentarse a la razón de por qué viven como viven, que se ocupen de aquella razón.

Entonces, como señala Kohan (2004); “Su enseñanza primera, fundante, es que no hay nada que enseñar, a no ser que cada cual debe cuidarse. El mejor educador no es el que transmite un saber sino una inquietud, la inquietud sobre sí.” (Infancia entre Educación y Filosofía, págs. 200-201). Esta es su condición para una educación no sea negligente, esta debe tener por objetivo obligatorio el atender la relación con nosotras y nosotros mismos por encima de cualquier otro saber a impartir. Dicho sea de paso, esto no significa volver sobre cada quien en un sentido de conocer una esencia propia de carácter inamovible que contenga

en su interior, sino más bien se trata de transformar la relación que se encuentre con la *sí mismidad*.

Es entonces que Sócrates se presenta constantemente en este estado de movilidad de su relación consigo mismo, un estado de inquietud pero que también puede ser un estado propio de perplejidad, indecisión o duda. Esto lo deja claro en el Menón (Platón, 1987) donde reconoce su estado constante de aporía, traducible también como sin camino o sin salida, estado que es la causa de que sus interlocutores también terminen quedando en un estado de perplejidad. Es gracias al carácter de apertura que implica la aporía como perplejidad o duda, en tanto un reconocimiento de aquello que se ignora, en este caso que se ignora sobre sí, lo que le consagra como una clave para acceder al cuidado de sí.

Por ello no es de extrañar que el filósofo antes de partir a beber la cicuta, lo último que diga previo a despedirse, y lo único que le parece digno de pedir, es respecto a que siembren la aporía en sus hijos. Este, apelando al vocativo de “atenienses”, les clama y solicita que cuando sus hijos ya sean mayores les castiguen causándoles las mismas molestias que él les causó a ellos;

“...si os parece que se preocupan del dinero o de otra cosa cualquiera antes que de la virtud, y si creen que son algo sin serlo, reprochadles, como yo a vosotros, que no se preocupan de lo que es necesario y que creen ser algo sin ser dignos de nada. Si hacéis esto, mis hijos y yo habremos recibido un justo pago de vosotros” (Platón, Apología de Sócrates, 1981, pág. 186)

Es sin lugar a duda lo más importante para él el cuidado de sus hijos, ante todo el cuidado de la inquietud de sí de ellos. Que esta no sea nublada por una educación negligente, que si llegase a ser el caso se les reproche y haga enfrentar la aporía que él tanto habitaba. De este modo se ilustra también lo que propone Kohan (2009), desde una perspectiva que reconoce primera en Foucault, es decir; que Sócrates vive una paradoja en torno a su forma de cuidar de sí, ya que esta depende de cuidar de los otros. Ese es el problema señala “de quien filosofa, de quien educa filosofando, de quien filosofa educando” (pág. 69), se vuelve una forma diferente de cuidar de sí. Parece también que con esta última solicitud que hace sobre sus hijos, Sócrates espera ya no solo que las y los atenienses cuiden de sí, sino también

les invita a que cuiden de la inquietud de sí del resto. Es decir, que también ocupen el lugar de la filosofía.

En este sentido, Sócrates propone el conocimiento de sí como una respuesta sanadora para hacer frente a la educación negligente, por ello se debe cuidar del cuidado de sí y en concreto el conocimiento de sí de las y los demás en tanto deber filosófico. De este modo, el huacho, en tanto es una subjetividad definida por este padecimiento educacional, le es propia la búsqueda por volver la mirada sobre sí. Asimismo, queda entretejida e integrada la labor filosófica y el devenir de las subjetividades huachas, una sociedad donde prevalece el cuidado de sí es una donde quienes ejercen la filosofía tienen lugar para ocuparse de las y los huachos que la sociedad genere.

### Capítulo III: La Ruptura de la Aquietada Mirada Hacia el Cotidiano

#### 3.a. *Chrónos: El Orden del Trabajo y su Desocupada Mirada Hacia sí*

HUACHO. S.-Reloj. Org. Sex. M.  
(Méndez Carrasco, 1979)<sup>11</sup>

El objetivo de este capítulo es comprender el concepto huacho situado en un problema de temporalidad concreto, atendiendo a que el ser huacho orbita en torno a la carencia del instante de volver la mirada sobre sí. Para realizar dicho objetivo utilizaré conceptos griegos de temporalidad propios de la Filosofía con Infantes que permiten distinguir elementos claves del devenir huacho, al tiempo en que se divide el capítulo en estas tres ideas centrales, a saber: *Chrónos*, *Kairos* y *Aión*. Cada una de estas formas de comprender el tiempo mantiene una relación con las demás, y nos permiten incluso trascender el problema del ser huacho en su carácter contingente o epocal.

El foco de este primer apartado se pone en el huacho, pero entendido como esta subjetividad constreñida al tiempo *chrónos*. A priori, dicho grosso modo, esta es la estructura que determina que su crianza sea descuidada y termine recibiendo una educación negligente. Por lo que, uno de los objetivos principales de esta parte es también indagar las condiciones que sostienen y propician este habitar huacho, al simultáneo que se analizan las restricciones para el desarrollo de su cuidado de sí.

Cabe decir que, para este trabajo, los conceptos de tiempo griegos se recogen desde el análisis que plantea Walter Kohan para ofrecer una interpretación acerca de la noción de infancia más allá de los criterios etarios. La rama de la Filosofía con Infantes realiza una particular interpretación y línea de traducción de estos conceptos, ante todo del *Aión*. Sin embargo, para este apartado lo relevante es el desarrollo del tiempo conocido como *chrónos*,

---

<sup>11</sup> El diccionario de Coa desarrollado por el escritor y ex policía Armando Méndez Carrasco, da cuenta de los significados de ciertas palabras del argot propio del mundo delictual chileno en el siglo XX. El estudio de este recoge trabajos de inicios de siglo hasta la década de los setenta. En este caso la palabra huacho curiosamente refiere a un reloj, como también al pene. Este primer significado resulta particularmente curioso y poéticamente acertado para esta investigación ya que en este apartado de la tesis vincularé el concepto de lo huacho con el tiempo griego Chronos que designa al tiempo sucesivo, objetivo y causal, el tiempo de los relojes.

que para Kohan podría interpretarse como el que “designa la continuidad de un tiempo sucesivo” (Infancia y Filosofía, 2009, pág. 18). En otras palabras, es el que podríamos reconocer como el concepto de tiempo al que nos referimos en el cotidiano, justamente el que guarda el origen etimológico griego como “tiempo cronológico”. Por lo tanto, es aquel que marca el reloj y escribe los calendarios, ese que es una sucesión continua que nos permite contarlos en voz alta, también es aquel que va dejando en el pasado todo lo que se vive en el presente, y que al mismo tiempo permite que, a futuro, vengan nuevos presentes. Es importante destacar que es de un carácter profundamente causal, ya que tiene una dirección única, desde el pasado hacia el futuro, siendo siempre el primero la causa del segundo.

Por su parte, Platón en el *Timeo* (1992) explica el *chrónos* por medio del otro concepto griego, *aión*, esta es una idea bastante más compleja de traducir que la primera y que dentro de sus múltiples posibilidades se puede entender como eternidad. Al menos para lo que refiere al fragmento platónico será suficiente con entenderlo de este modo, es decir, como aquella totalidad del tiempo que, por equivaler a todo el tiempo pasado, presente y futuro, no se mueve de un estado a otro, porque los está siendo todos en simultáneo (Kohan, Infancia y Filosofía, 2009). En el diálogo platónico (1992), el interlocutor de Sócrates, *Timeo*, propone que el *chrónos* es “una cierta imagen móvil de la eternidad y, al ordenar el cielo, hizo de la eternidad que permanece siempre en un punto una imagen eterna que marchaba según el número” (pág. 182). Es decir, el *chrónos* resulta una imitación en movimiento del *aión*, de hecho, es una imagen cíclica de este que en el círculo imita su eternidad desde una temporalidad que sí está sujeta a la transformación. Asimismo, un par de décadas más tarde, Aristóteles en su obra *Física* (1995) hace un exhaustivo análisis de lo que es el tiempo, primeramente, repasando en su transcurso las ideas platónicas, para luego definir al *chrónos* en específico como “número del movimiento según el antes y después, y es continuo, porque es número de algo continuo” (pág. 275). Ambas lecturas de la temporalidad dan cuenta del continuo contable que constituye el *chrónos* en su carácter sucesivo, mientras que Aristóteles destaca el carácter de orden lógico que proporciona al número la propia disposición interna que existe entre el antes y el después.

En adición, desde el área de la Filosofía de la Infancia, Kohan profundiza radical y meticulosamente la diferencia entre estas formas de tiempos, acentuando la investigación y desarrollo del concepto *aión*. En un primer momento, se vuelve sobre uno de los usos más

antiguos que se daba a este: “*aión* designa la intensidad del tiempo de la vida humana, un destino, una duración, una temporalidad no numerable ni sucesiva, sino intensiva. Si *chrónos* es límite, *aión* es duración.” (2009, pág. 18). Desde este punto de vista el *aión* se presenta como modo de vida intenso, que se vivencia, a diferencia del *chrónos*, como un momento no cuantificable, que su experiencia yace en el sujeto que la vive. En cambio, el *chrónos* es común a todos y todas, dicho de otro modo, es un tiempo que corre implacable por sobre todos los cuerpos.

Cabe decir, que la etimología de esta forma de tiempo sucesiva deviene de la mitología griega, en específico del titán Cronos (García Gual, 2003). Este titán fue capaz de castrar a su despótico padre, Urano, para tomar el poder de su reino, y luego devorar a sus propios hijos e hijas con tal que nadie le destrone, hasta que su hijo Zeus le sobrevive y lo consigue destronar. Posteriormente se le emparentará con el dios Saturno del orbe romano, quien también devoraba a su descendencia y que luego también fue destronado por su propio hijo, el dios llamado Júpiter. Esta imagen de Cronos devorando a sus hijos prevaleció y quedó como un imaginario importante de la cultura occidental, que deviene directamente de la cultura grecorromana, siendo un fiel representante del paso implacable del tiempo. (García Gual, 2003)

Si bien la implacabilidad del tiempo *chrónos* no distingue entre quienes pasa a llevar, el tiempo *aiónico*, entendido como sugiere Kohan por sus usos de origen, es *per se* de carácter subjetivo. Por ello es que esta distinción entre conceptos será de mucha utilidad para atender al objetivo de este capítulo, poder poner en diálogo la subjetividad huacha con su particular forma de habitar la temporalidad, en concreto para este apartado la temporalidad del *chrónos*. Para ello cabe preguntarse quienes habitan el ser huacho en este mundo, qué hacen en él, y cuándo lo hacen.

Ya en el capítulo primero de este escrito se ha indagado en el asunto de quienes son los huachos, y ha quedado manifiesto el innegable origen proletario-campesino, o, dicho de otro modo, de clase trabajadora que tiene el huacho. De cómo en origen este está inexpugnablemente relacionado con el mundo del trabajo y la producción, y no desde cualquier vereda, sino desde la de los más humildes, ya incluso en su etimología se le afilia a quienes menos tienen en una sociedad. Para atender a las preguntas en torno a qué hacen para ser huachos y cuándo sucede el acontecer huacho, se debe poner en la palestra el

funcionamiento de los tiempos de esta sociedad. Existe un examen de ello muy interesante en la presentación al libro de Jacques Rancière, “El tiempo de la igualdad” (2011), donde Javier Bassas da cuenta de la relación entre el mundo obrero y el régimen de temporalidad que vivencian, siendo este un excelente antecedente a este problema de la subjetividad huacha asociada al mundo del trabajo y el tiempo.

“apuntemos también la denegación temporal que experimentan los obreros y que consiste en la desapropiación del uso del tiempo, siempre contado, siempre contabilizado. Con el título *La noche de los proletarios*, obra de 1981, Rancière señala precisamente esa desapropiación temporal experimentada por los obreros: la noche no es propiamente noche, si se reduce a un mero intervalo de reposo y de recuperación de fuerzas entre dos jornadas de trabajo. Porque los «tiempos muertos» (el ocio) de los burgueses no son tiempo contado, el día y la noche del obrero son «tiempo robado». (Rancière, 2011, págs. 14-15)

Es muy precisa la forma en que aquí se señala el problema de la desapropiación del uso del tiempo para el mundo trabajador<sup>12</sup>, por lo tanto, para la subjetividad huacha. Esta disposición del tiempo, donde el sujeto en cuestión está ocupado en la jornada laboral, para posteriormente llegar a su casa a reposar en estado de preocupación por la próxima jornada laboral del día de mañana. Este es un régimen donde está potentemente adosada a la persona la medida del tiempo *chrónos*, subyugado a lo que Rancière denominará Orden del Trabajo. Este es un sistema que no admite la ocupación de sí ni la preocupación de sí, nuestra mirada está siempre puesta en las labores que se deben desempeñar, y en caso contrario, está depositada en las jornadas venideras. No hay espacio para el cuidado, en tanto este es inquietud y conocimiento de sí. Es más, apenas hay lugar para la protección del propio

---

<sup>12</sup> Me parece relevante reparar en que con “mundo trabajador” o “clase trabajadora” no hago referencia exclusiva al trabajo obrero, en vista de que la precarización del trabajo alcanza otras muchas esferas laborales, alcanzando también toda clase de trabajos informales, técnicos y profesionales. De todos modos, cabe decir que no deja de ser significativamente mayor la precarización del trabajo obrero y campesino, ya sea tanto por un asunto de riesgos de salud, como también por la menor calidad de vida que implican los empobrecidos salarios, la inestabilidad laboral y la exigente carga laboral de las extensas jornadas, muchas veces desarrolladas en pésimas condiciones, entre muchas otras razones.

cuerpo, ya que cada trabajador es dispensable y desechable, si es necesario, en función de la producción.

En el trabajo de Rancière (2011) aparece otra importante figura que se abre a ser pensada desde la subjetividad huacha<sup>13</sup>; los plebeyos. Estos se emparentan con el proletariado dada su condición social y laboral por tanto su cotidiano también yace sujeto al Orden del Trabajo. Específicamente Rancière repara en una de las últimas “huelgas civiles” de los plebeyos del periodo denominado *Secessio plebis*, en que los plebeyos -a modo de protesta- se retiraron de sus labores en la ciudad para dirigirse al Monte Aventino, de forma que Roma quedó totalmente paralizada. Este fue una manera de protestar para reclamar a los patricios por su falta de reconocimiento de las asambleas plebeyas y como sus veredictos no se convertían en ley por impedimento de los legisladores patricios (Rancière, 2011).

El autor saca a colación este importante suceso para la historia del derecho romano y el desarrollo de las ideas de emancipación del siglo XIX, a propósito que es también un evento donde queda de manifiesto un relevante límite político que Aristóteles expone en su obra Política (1988), cuando determina que quienes poseen la palabra (*logos*) son quienes hacen política, es decir, son los animales políticos o animales sociales (*politikón zóion*), mientras que el resto tan solo tiene voz (*phōné*), como los animales.

“Pues la voz [*phōné*] es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales, porque su naturaleza llega hasta tener sensación de dolor y de placer e indicársela unos a otros. Pero la palabra [*logos*] es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad.” (Aristóteles, Política, 1988, pág. 51)

Frente a esta secesión, los patricios son reacios a llegar a un acuerdo, ya que consideran que los plebeyos no tienen palabra [*logos*], por lo tanto, no pueden acordar nada si solo vociferan sus apetitos y dolencias. Entonces, para Rancière, por medio de las

---

<sup>13</sup> Cabe decir, que, si bien se equipara la dualidad de proletariado/burguesía, con la de plebeyos/patricios, y ambas fórmulas siguen la lógica de “oprimidos/opresores”, no es objeto de esta investigación llegar a establecer cuál sería el opuesto lógico de lo huacho, pese a reconocer su lugar de opresión y origen de clase.

reflexiones de Ballanche, considera la misma retirada de la plebe al Aventino como una suerte de respuesta a la pregunta de si: ¿hablan o no los plebeyos? Dicho de otro modo; ¿están vociferando su malestar corporal solamente o están ejerciendo su capacidad de nombrar y prometer? Para el senado romano era un evento inaudito reconocer la capacidad de nombrar y prometer en la plebe, ya que esto implicaba su capacidad de sostener un discurso en el pensamiento, un discurso que vinculaba el presente con el futuro o el pasado.

Entonces queda de manifiesto el alcance de poseer el *logos*, entendiendo esto como la posibilidad de referirse primeramente a los asuntos comunes, como lo es la ciudad o la casa. Para Rancière (2011) resulta gravitante incluso para definir quién tiene la capacidad de hacer política, ya en el texto mencionado plantea que, “detrás de todo conflicto político, está el conflicto sobre el hecho mismo de saber quién está dotado de la capacidad política de la palabra” (pág. 103). En definitiva, el *logos* aquí se presenta como la posibilidad de enunciar lo que es el bien común, por lo tanto, poner en diálogo el marco ético propio con el del resto. Ya se exponía en el *Laques* (Platón, 1981) la relevancia del *logos* para poder enunciar nuestra propia vida, la razón de porque vivimos como vivimos. En este sentido es abrir el problema del bien común hacia el problema ético del bien propio, un bien propio que conocemos en la medida en que nos toca defender el por qué creemos que hemos elegido bien o mal al interior del cómo vivimos.

En síntesis, el huacho tiene una relación de sujeción con el Orden del Trabajo, este modelo social que le mantiene ocupado en un tiempo sucesivo que le restringe el uso de su palabra (*logos*). Por ello es que asoma la pregunta por el momento en que el huacho puede mirar hacia sí y dar cuenta de este *logos* en un mundo ordenado por el tiempo del trabajo. En este sentido, cabe decir, que no existe duda sobre la capacidad de la palabra del huacho, sino que el problema es el carácter de restricción temporal para que este la ejerza.

### 3.b *Kairós: Intersticio de Ruptura*

“Καίρός οὐ ὁ Μετρία conveniente; momento oportuno, ocasión, coyuntura favorable; conveniencia, ventaja; tiempo, momento presente, actualidad, circunstancia, sazón; lugar conveniente, sitio oportuno; punto vital, órgano esencial del cuerpo.” (Vox, 2011, pág. 320)

*De pronto en la ventana de la micro ya no ves el mar,  
Se ha vuelto un fugaz espejo al cruzar el portal.  
En la penumbrosa imagen te encuentras a ti pensando.  
Ya ahora ves al mar, pero te estás mirando.*

*A veces ese espejo que te dio el mar,  
Se desvela en medio de una noche expiatoria  
Conversando sobre las sombras  
en la pieza de tú hermano.*

*Otras tantas veces este aparece al escuchar a tu madre,  
quien recuenta aquella anécdota infantil  
A cada lado del umbral de la cocina al patio  
Y de pronto te topas niño en los ojos de otra de diez*

*Cuando la suerte arrecia,  
porque el Kairós siempre va al vuelo de ella,  
puede pasar que la faena se interrumpa  
por una máquina que ya no maquina,  
y entonces dos cuerpos cansados bajo una mísera sombra  
asomen una confesión que aliviane el alma.*

*El Kairós acecha en los miradores, entretelones, bancos de plaza, asientos de bar...  
Bajo los árboles o arriba de ellos, puede ser en la cancha o en la cama.  
Famoso por engendrar tanto ladrones como amores,  
es también quien grita Eureka y dispara a los relojes.*

Ya decíamos que el huacho desea encontrarse con un alma sabia que le permita volver la mirada sobre sí, lamentablemente, su mirada está ocupada día y noche, puesta en el mundo

del trabajo, ocupada en atender inquietudes ajenas. Este es también el anhelo de encontrarse con una figura de cuidado de sí, un encuentro que destelle algo de la labor filosófica que se ocupa del cuidado de sí de las y los demás. En este caso se habla del anhelo re-flexivo del ser huacho, este anhelo por volverse sobre sí, de mirarse, no obstante, la oportunidad que busca el huacho no es la de solamente mirarse, sino que es encontrarse con un otro en el cual verse reflejado en el ejercicio de su virtud. Dicha virtud es la que ya se reconoció como la sabiduría de tener cuidado o inquietud de sí, que es la misma que también refiere a poder construir y enfrentar al camino propio, aunque esto signifique sentirnos en un callejón sin salida. Esta construcción de camino es el anhelo del huacho, pero dentro de un tiempo que le ha sido arrebatado por un régimen que prioriza el trabajo ajeno le es casi imposible dedicarse a él, por ello cabe preguntarse cuándo o dónde asoman estas ocasiones o lugares convenientes para el encuentro.

Me parece que en esta materia es un aporte significativo el trabajo de Humberto Giannini, *La "reflexión" cotidiana* (2013), en el que se aborda de forma original el *lugar conveniente o momento oportuno* de volverse sobre sí al interior del cotidiano, en específico a través de un análisis del transcurrir del tiempo habitando la ciudad. En este se hace mención al tránsito entre el domicilio, la calle, el trabajo, la calle y nuevamente el domicilio, estadios de distintas estructuras reflexivas que componen el cotidiano, a las cuales se les agregan dos espacios con características especiales relacionadas a esta ocasión: la plaza y el bar. Respecto la oportunidad que acontece al huacho de volver la mirada sobre sí, creo que Giannini rescata estos dos últimos lugares como espacios con una apertura especial para que se dé la oportunidad del encuentro, que algunas veces permite volver sobre sí.

La plaza es un lugar en el que la ciudadanía retorna en su calidad de habitante de la ciudad para un encuentro comunitario, es en ese sentido, en palabras de Giannini, un espacio para la reflexión de la comunidad (2013, pág. 77). Aquel carácter que permite la reflexión es la apertura propia de la plaza, tanto en el sentido físico como mental de la reflexión, ya que esta permite desmontarse del transcurso del tiempo cotidiano, afín al tiempo *chrónos*, generando una ruptura en el mismo. Es este espacio el sitio oportuno para hacer una pausa al tránsito perpetuo del tiempo del trabajo, pudiendo poner la mirada ya no en lo que nos ocupa, dice el autor, generando la ocasión poder volver sí (pág. 79). En este sentido, se da cuenta de cómo incluso en el tiempo del trabajo siempre hay aperturas, coyunturas favorables para

volver la mirada sobre sí, aunque aquí también radica la apertura de quien se enfrenta a la ocasión para desarrollarla de este modo.

Por otro lado, el autor nos habla del bar (Giannini, 2013, págs. 107-113), otro ejemplo de un lugar con características especiales al interior de la ciudad que favorecen la ruptura del cotidiano y del tiempo del trabajo. En este espacio de semi penumbra, en que los relojes no funcionan, lleno de rincones con diversos núcleos de comunicación, existe una fórmula perfecta para generar comunión, dicho de otro modo, para que se desarrolle este encuentro que anhela el huacho. En cada uno de estos rincones se aberturan espacios confesionales en los que se puede trascender el mero rol que nos endosa la rutina, pudiendo referirse a aquello que la falta de tiempo no ha permitido decir sobre sí, estancando aquellas palabras a un estado cercano a lo inconfesable (págs. 109-110). De este modo se puede hacer común la intimidad, la que sino se hace comunión, sofoca y arrincona en el mundo como una colección de soledades afanadas, según explica Giannini (2013, pág. 112). Pero no solo nos da la chance de compartir y encontrarse, sino que también es la posibilidad de desestructurar la identidad que nos carga el tiempo *chrónos*, ese problema del que Sócrates nos decía hay que cuidarse y cuidar a sus hijos huachos, el error de creer ser algo que no se es. Por ejemplo, es un momento de enfrentarse a una crisis con la identidad, de enunciar la imagen que se sostiene de sí frente al resto y liberarse momentáneamente de ella para ocupar un lugar diferente de sí. Asimismo, ocurre cuando el hijo o la hija habla desde fuera de su rol familiar y constituye un camino propio, más potentemente aun si es que lo realiza en interlocución con algún progenitor, pudiendo ser este también un espacio de trascendencia mutua de los roles familiares.

En definitiva, ser huacho es estar anhelando un momento en particular que requiere condiciones específicas, ya que aquella educación negligente que le tiene sumido en el tiempo *chrónos* y le constriñe a mantener la mirada fuera de sí es difícil que le de alguna tregua, no obstante, cada tanto aparece el *kairós*. Este puede aparecer en cualquier momento y lugar, volviendo sobre sí al tiempo y presentando otra oportunidad para el huacho, lo importante es que este tenga el impulso de ocupar su lugar cuando sea el momento oportuno.

### 3.c. *Aión: De Huachos a Infantes*

INFANTE- S. Ladrón que actúa a pie  
NIÑO.S. – Ladrón en general<sup>14</sup>  
(Méndez Carrasco, 1979)

En este apartado final se emprende la tarea de atender aquello que es esta apertura al encuentro consigo mismo para el huacho. Sin embargo, para plantear bien el cuestionamiento hay que detenernos en el lugar del *aión* como devenir de la ruptura del *chrónos*, y así entender en que *conveniente medida* este es el encuentro mismo.

En este sentido, cabe recordar lo que ya proponía Platón en el Timeo (1992), que el *chrónos* no es más que una copia en movimiento circular y continuo de lo que es el *aión*. Lo que reproduce esta imagen es un símil a que este tiempo *chrónos* es como una gran rueda que gira sin detenerse y es implacable con quien se cruza en su andar.

En el caso del huacho, este tiempo *chrónos* le tiene sujeto y sin detenerse a su andar, no pudiendo este ocuparse de otra cosa más que su trabajo que también avanza sin reparar en la necesidad de detenerse que tiene el huacho. No obstante, bajo esta perspectiva del tiempo, al ser el *chrónos* una imagen a semejanza del tiempo aiónico, tendrá que ser inevitable -cada tanto andar- enfrentarse a la percepción del tiempo como totalidad. Asimismo, en la medida en que el *aión*, como lo comprende Kohan (2009), es un instante que se vivencia intensamente, este también aparece como una superposición inevitable sobre el *chrónos*, en el sentido que la intensidad es justamente entendida aquí como la pérdida de la percepción de límites dada por la abrumadora presencia de aquello que vivenciamos. Ante ello se puede aseverar de plano que para el huacho le es totalmente propio y hasta ineludible el retorno al *aión*, pese a que tenga una frecuencia más larga constreñida por el tiempo del trabajo.

Respecto a este tiempo, Kohan (2009) señala en base a la interpretación del fragmento 52 de Heráclito que quien domina el reino del *aión* es el infante. Es decir, la infancia, según interpreta el autor, tiene la facilidad para romper con la sujeción del *chrónos*, y en ese sentido conectar con la experiencia intensa de la vida. Asimismo, Kohan reconoce en la niñez, al menos en un sentido de temporalidad, que es más despierta y atenta, por tanto, más poderosa

---

<sup>14</sup> Este refrán que dice que la ocasión hace al ladrón es parte de un imaginario popular que me parece importante poner de manifiesto, como en este caso, desde el argot delictivo que es el coa chileno, donde se reviste a este ladrón amigo del momento oportuno como un infante. Presentándosele también como el ladrón más sencillo, ya que según se enuncia es el que actúa a pie.

en este ámbito de lo que son los mismos adultos, reconociendo en ella “un modo de enfrentar con más oportunidad las contradicciones que hacen parte de lo humano: ver lo no visible, pensar lo no pensable, esperar lo inesperable” (Infancia y Filosofía, 2009, pág. 19). Es esta apertura lo que lleva a Kohan a catalogar la infancia ya no como niñez y etapa biológica sino como un concepto filosófico que refiere a una experiencia, o modo de vivir en apertura hacia la vivencia de la intensidad, una apertura hacia el *aión* (2009, pág. 64).

Entonces, la pregunta por la apertura al encuentro del huacho, puede ser entendida como la disposición del huacho a habitar la infancia. En este sentido, tomando en consideración esta perspectiva de la infancia y el *aión* respecto al *chrónos*, se replantea la pregunta por el huacho y el cuidado de sí, en tanto, como se ha señalado en el apartado anterior, el encuentro consigo mismo es un instante aiónico; ¿qué sucede con el huacho cuando habita la infancia?

Para responder esta pregunta es importante esclarecer el intrínseco vínculo del huacho con la aporía, aquel estado de perplejidad que puede ser traducido como “sin camino” o “sin salida”<sup>15</sup> [*aporôn*]. Este es el estado que habita Sócrates virtuosa y constantemente, siendo también el estado en que deja a sus interlocutores (Platón, Menón, 1987). El niño huacho de Salazar (2006), ya señalado en el capítulo inicial, es en sí mismo un camino que no es camino, o un camino donde no cabe siquiera él mismo, en vista a que su padre le trae al mundo sin ofrecerle un sendero viable que tomar. Salazar deja entrever que aquello que llama “camino” del niño huacho tiene relación con ser un hombre de verdad, lo que equivale a ser un hombre digno, dueño de su propia vida y capaz de guiar a su familia (págs. 28-29). En otras palabras, según lo expuesto en el segundo capítulo de la presente investigación, esto significa ser capaz de cuidar de sí, por lo tanto, en este contexto el camino refiere a una vida de constante apertura hacía el encuentro con la inquietud de sí. No obstante, y, muy por el contrario, este padre ausente deja al huacho sin camino<sup>16</sup>, o peor, con una educación sumamente negligente que le enseña a rehuir del *aión*. Por ello el huacho se ve atrapado en el tiempo *chrónos*, sin tener las herramientas de apertura para encontrar su camino.

---

<sup>15</sup> (Vox, 2011, pág. 320)

<sup>16</sup> Se señala también en la obra de Salazar que la madre comúnmente habita otro “callejón sin salida”, en palabras del autor, que sería el de la servidumbre a la prostitución y de la prostitución a la servidumbre (Salazar, Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX), 2006, págs. 38-42). Sin embargo, personalmente no comulgo con la idea de proponer en escalafones comparables el trabajo sexual con las condiciones de servidumbre, tan solo por ser trabajo de índole sexual.

En este sentido la aporía del huacho tiene un tinte que le entorpece enfrentarla con tranquilidad ya que está permeada de una educación negligente que le vuelve reticente a volver sobre sí. Es por ello que el huacho tiene una doble dificultad de acceder a la infancia en sentido filosófico. En primer lugar, sufre de un saqueo de su tiempo aiónico producto de un sistema de Orden del trabajo que le mantiene ocupado en lo exterior a sí, disminuyendo las instancias en que el *chrónos* se reflexiona naturalmente hacía él. En simultáneo, se ve afectada su relación irrenunciable al *aión* producto de una educación negligente que no le permite habitar con apertura el encuentro.

No obstante, para el huacho el encuentro aiónico le es lo máspreciado, y por ello adolece de su carencia, lo que podríamos reconocer como forjar su propio camino. Esto que ya ha quedado de manifiesto en la obra de Salazar que expone como máximas el alcanzar este camino de “dignidad” y ser dueño de sí, de este modo entenderse distinto a como se entendieron sus antecesores. De forma similar ocurre para el proletariado, señala Rancière en *El tiempo de la igualdad*;

“Lo que les faltaba principalmente a los proletarios no era tanto el conocimiento de los mecanismos de explotación y de dominación, sino un pensamiento, una visión de ellos mismos como seres capaces de vivir algo diferente de ese destino de explotados y dominados” (Rancière, 2011, pág. 76)

Visto así, el huacho es aquella subjetividad que adolece del encuentro aiónico, pero que también parece anhelarle, o al menos se reviste como un punto vital para su desarrollo y transformación. En este sentido, el huacho al habitar la infancia, y con ello lograr encarar virtuosamente la aporía, desarrollaría finalmente su camino propio. Este encuentro con el *aión*, le hace romper la quietud de sí, entrando en contacto con el *logos* de su vida y le permite emprender un camino de cuidado de sí, desarticulando su educación negligente. Tal y como invitara Sócrates a hacer con los jóvenes que padecen de esta (Platón, *Alcibíades I*, 1992). Para ello es necesario el cultivar la filosofía para que todos y todas cuiden de sí, al mismo tiempo que también se cuide del acceso al cuidado de sí de las y los demás.

No obstante, aun subyace la dificultad que es el robo del tiempo aiónico propiciado por el Orden del trabajo, este debe enfrentarse desde otro lugar, ya no solo desde la lucha

contra la educación negligente, sino desde una lucha social que permita romper con estas estructuras de división de la sociedad. Según narra Salazar (Salazar, 2006, pág. 29) hay algunos huachos que se volvieron vagabundos y se arrojaron al camino sin padres ni familia y forjaron su propio camino de dignidad alcanzando por el trazo de originales senderos hacía la autonomía económica. El autor da cuenta de cómo en algunos casos se llegaron a *ahuachar* con otros pares en igual condición, todos decididos a forjar un digno camino propio, e incluso Salazar encuentra registros donde se cuenta la historia de algunos padres que decidieron *ahuacharse* a sus propios hijos que se aventuraron primero.

En este sentido, en el camino del *ahuachamiento* y la filosofía hay lugar para que el huacho pueda habitar la infancia. Sí es el uso en el campo de la historia que le brinda Salazar al acto de “*ahuachar*”, significa simplemente “incluir entre huachos”, en el campo de la filosofía propongo, podría referir a cuando una entidad huacha concreta un encuentro aiónico”. Siendo este un proceso de desarticulación de lo huacho, por lo que el prefijo *a-* del concepto podría asociarse de aquel prefijo *a-* de la lengua griega, que refiere a “carencia, falta o sin algo”. En este caso el vocablo *ahuachar* es sinónimo de dejar de estar huacho en el sentido filosófico que propone esta tesis, lo que también permite describir el anhelo último del huacho; encontrar donde *ahuacharse*.

## Conclusión

En la presente investigación se ha perseguido el objetivo de integrar en clave filosófica el concepto identitario latinoamericano “huacho” al interior de la Filosofía, para ello se propuso ponerle en diálogo con un pilar filosófico fundamental como lo es la *epimeleia heautou*. De modo de determinar sus condiciones como concepto de usanza filosófica, y poniéndole a prueba específicamente en el campo de la Filosofía de la Infancia. En el primer capítulo se aborda desde una perspectiva histórica el concepto huacho dibujando algunos límites y generando referencias en la literatura histórica chilena. El objetivo de esta primera parte es desarrollar un imaginario específico desde disciplinas externas a la filosofía, de modo de poder asirle desde algún lugar concreto para dar pie a la construcción del diálogo.

Mientras que en el segundo se desarrolla el problema filosófico que circunvala a la *epimeleia heautou*, especialmente desde el análisis de Michel Foucault y Walter Kohan, poniendo en la palestra los puntos de relación que mantiene con el ya expuesto imaginario que constituye el ser huacho. De este modo el objetivo central del capítulo es describir en clave filosófica las condiciones del ser huacho a través del diálogo con el problema filosófico que presenta la *epimeleia heautou*.

Finalmente, en el último capítulo se tiene por objetivo poner el concepto huacho en un campo filosófico dado para poder profundizar las características de estas condiciones desarrolladas por medio del problema de la *epimeleia heautou*. De este modo se le pone a prueba en las tres figuras de tiempo griego que se utilizan en el área de la Filosofía de la Infancia, vale decir; *chrónos*, *kairós* y *aión*. Por medio de estas figuras temporales se subdivide el capítulo en tres apartados que dialogan filosóficamente de forma respectiva con el concepto en su carácter histórico-político, en su identidad cotidiana y en su potencia política filosófica.

A modo de evaluación se puede decir que el objetivo general de esta investigación se ha logrado satisfactoriamente, ya que el concepto de ser huacho se logra integrar en clave filosófica al campo disciplinar mediante el diálogo con la *epimeleia heautou*. Este se ha desarrollado suficientemente como un concepto propio de la filosofía ya que logra dialogar

profundamente con el problema de la *epimeleia heautou*, como también logra desprenderse de este y sostener una autonomía suficiente al interior del campo de la Filosofía de la Infancia.

Respecto al primer capítulo, cabe decir que se cumplió a cabalidad el objetivo de construir un imaginario del concepto. Dado que se logra dibujar los múltiples significantes que aborda el vocablo huacho, al mismo tiempo que se le delimita en su contexto local, en el problema de género que conlleva e incluso en el devenir de su uso cotidiano. De este modo se establece una raíz histórica de la cual proviene la identidad y se desarrolla hasta el día de hoy, convirtiéndose de por sí en un concepto de profundidades potencialmente filosóficas.

Por su parte, en el segundo capítulo el objetivo también se alcanza adecuadamente, ya que se logra establecer un profundo diálogo entre el imaginario desarrollado y la *epimeleia heautou*. En suma, se logra dar cuenta de las condiciones del ser huacho, pero ya expresadas en clave de estos principios filosóficos que comprenden la *epimeleia heautou*. Es decir, primeramente, se esclarece al ser huacho como un modo de ser que anhela el encuentro que le permita volver sobre sí, al tiempo que también se reconoce la condición dada desde una sociedad determinada que constriñe a esta subjetividad por medio de una educación negligente y una desposesión sobre sí que le restringe a ocuparse de sí, no teniendo el tiempo para volver la mirada del exterior hacía sí.

Mientras que en el tercer capítulo se logra el objetivo, pero no con poca dificultad, en vista de que este exhibe mayores problemas para vincularse con lo anteriormente desarrollado, producto de dos razones, la naturaleza misma de la investigación que hace un salto para poner a prueba el desarrollo del concepto, y por otra parte el problema que conllevará esto, ya que requiere de integrar las ideas de tiempo que trabaja el área de la Filosofía de la Infancia. No obstante, pese a lo desafiante de esta metodología elegida, se logra llevar a cabo los tres apartados de forma satisfactoria. Describiendo en el primero de ellos la temporalidad *chrónos* que constriñe la ocupación del huacho bajo el yugo del trabajo, desarrollando estas condiciones expuestas en el capítulo anterior que limitan al huacho en su cuidado de sí por causas materiales concretas. Luego se da cuenta del concepto *kairós* para preguntar por el momento oportuno del huacho para satisfacer su anhelo de volver la mirada sobre sí, dejando al descubierto algunas de las ventanas que se generan en el cotidiano para que este pueda realizarse. Y finalmente en el tiempo *aiónico* se estudia el significado de esta

apertura, muy propia de la temporalidad del *aión*, que es tomar la oportunidad del encuentro para ocuparse de sí.

En este sentido creo que también es importante resaltar que se logró atender a los motivos que dieron pie a esta investigación, en otras palabras, indagar en el problema filosófico político que reviste habitar una sociedad huacha en lugar de una sociedad que se preocupe del cuidado de sí, vale decir, una sociedad con un rol filosófico activo. Del mismo modo creo que la investigación deja más abierto que cerrado el problema de “ser huacho”, ya que, si bien se plantean sus causas y condiciones, este queda asentado como una figura de descuido de sí de carácter flexible y propicia para generar reflexión y diálogo filosófico o interdisciplinar.

De esta investigación también se desprenden reflexiones que no se desarrollan por completo o apenas se alcanzan a enunciar, no obstante, estas permiten la elaboración de proyecciones y el discernimiento de ciertas dificultades intrínsecas a la indagatoria. Estas reflexiones merecen ser enunciadas y registradas como posibles proyecciones indagatorias del concepto huacho en la filosofía. Destacan dos temas que parecen acaparar cierta centralidad respecto el desarrollo de la idea, una es la enmarcada en una problemática de género, mientras que la otra es aquella que se pregunta por el tránsito de una sociedad huacha a una que se ocupe del cuidado de sí.

Cabe decir, respecto a la proyección de esta investigación en base a una problematización de género, que esta se complejiza en torno al imaginario del ser huacho en la medida en que esta tesis inicia delimitándole a un género en exclusiva. Primeramente, se establece en el capítulo de apertura que el concepto de “huacho” trabajado a partir de la literatura escogida corresponde con aquel niño o joven que no tiene, pero desea, el encuentro con un referente de “hombre digno”, en vistas de que su padre está ausente o este no se posee ni siquiera a sí mismo como para ser un referente válido de cuidado de sí. Este ideal masculino anhelado se edifica en el marco de una sociedad específica, una de jerarquía masculina, ya sea dominada por patrones de fundo o padres de familias, es decir, una sociedad de estructura patriarcal. Por lo tanto, en esta relación negligente entre padre e hijo, el lugar del padre constituye el lugar a ocupar más significativo para el hijo varón al interior de esta sociedad jerárquica, de este modo el padre termina acaparando las principales opciones de referencialidad para el hijo. Por ello en esta investigación se restringe a pensar

el concepto desde un imaginario delimitado a aquella constreñida estructura social dada desde una subjetividad masculina que adolece primeramente de una referencia masculina de cuidado de sí.

Pese a que la tesis fuerza a la masculinización en el imaginario que es usado como referente para el desarrollo del “ser huacho”, es decir, alude desde un principio al huacho como un sujeto en masculino, al tiempo que sostiene como un fallido referente principal de este a otra figura masculina, el padre ausente. Considerando el mandato de masculinidad como referencia para el huacho, la indagatoria de imaginarios de subjetividades no masculinas, como también de referentes no masculinos, aparecen como vertientes indagatorias profusas. Ya se menciona al interior de la tesis la existencia de las huachas y de las madres, tanto como subjetividad y referente respectivamente, no obstante, ambas devienen en imaginarios que consideran otros matices respecto el problema de la *epimeleia heautou*, ya que le son asignados otros roles a causa de su sexo en torno al cuidado. Por ello las preguntas por las huachas y las madres o incluso por el huacho adoptando un referente no masculino exceden suficientemente esta investigación como para ser consideradas proyecciones necesarias de la misma. Tomando en cuenta que estos cuestionamientos son un elemento clave para la transgresión del conservadurismo en la identidad de género, que es parte estructural de la educación negligente de los huachos en tanto es una forma de “quietud de sí”, en oposición a la “inquietud de sí” propia de la *epimeleia heautou*.

Finalmente, cabe decir que la pregunta de cómo una sociedad resguarda la *epimeleia heautou* de sus habitantes es el cuestionamiento clave para el tránsito de una sociedad huacha, como se ha denominado, hacia una de cuidados. Aquí se proyectan varias líneas investigativas, del orden del estudio filosófico del cotidiano, al estilo arqueológico del ya citado Humberto Giannini. Preguntándonos qué lugares tenemos propicios para actuar con el coraje de decir nuestra verdad, aquella verdad de cada quien, y ante todo de quien se atreve a enfrentar su propio callejón sin salida. También es la pregunta por cuáles momentos son los que nos permiten volver sobre nuestro tiempo *aiónico* generando una armonía entre este y nuestro tiempo mundano y laboral *chrónos*. O en qué medida el encuentro íntimo aun constituye un ritual sagrado que la sociedad protege y fomenta.

## Bibliografía

- Academia Mayor de la Lengua Quechua. (2005). Diccionario. En *Diccionario Quechua-Español-Quechua* (pág. 707). Cusco: Gobierno Regional Cusco.
- Aristóteles. (1988). *Política*. Madrid: Gredos.
- (1995). *Física*. Gredos.
- Biblioteca del Congreso Nacional. (2018). *Historia de la Ley N° 19.585*. Biblioteca del Congreso Nacional.
- Castro, E. (2011). Cuidado. En E. Castro, *Diccionario Foucault - Temas, conceptos y autores* (págs. 87-90). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto : curso en el Collège de France. 1981-1982 Michel Foucault ; editado por Frédéric Gros ; traducción de Horacio Pons ; dirección de François Ewald, Alessandro Fontana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Gual, C. (2003). *Diccionario de Mitos*. Siglo Veintiuno de España Editores.
- Giannini, H. (2013). *La "reflexión" cotidiana - Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Gutiérrez O., C. (2010). El sentido de la pausa en el pensamiento de Humberto Giannini. En C. Sánchez, & M. Aguirre, *Humberto Giannini: filósofo de lo cotidiano* (págs. 141-149). Santiago: LOM.
- Kohan, W. O. (2004). *Infancia entre Educación y Filosofía*. Barcelona: Laertes.
- (2009). *Infancia y Filosofía*. Progreso.
- (2009). *Sócrates: el enigma de enseñar*. Buenos Aires: Biblios.
- Méndez Carrasco, A. (1979). *Diccionario Coa*. Santiago de Chile, Chile: Nascimento.
- Montecino A., S. (2010). *Madres y Huachos - Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile, Chile: Catalonia.
- Platón. (1981). Apología de Sócrates. En Platón, *Diálogos I* (págs. 137-186). Gredos.
- (1981). Laques. En Platón, *Diálogos I* (págs. 443-485). Gredos.
- (1987). Menón. En Platón, *Diálogos II* (págs. 273-337). Gredos.
- (1992). Alcibíades I. En Platón, *Diálogos VII* (págs. 16-86). Madrid: Gredos.
- (1992). Timeo. En Platón, *Diálogos VI* (págs. 125-261). Gredos.
- (2013). *Alcibíades*. (Ó. Velásquez, Trad.) 2013, Chile: Tácitas.
- Rancière, J. (2011). *El tiempo de la Igualdad - Diálogos sobre política y estética*. Barcelona: Herder.
- Salazar, G. (2006). *Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)*. Santiago: LOM.

Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile V Niñez y juventud*. Santiago: LOM.

Vox. (2011). *Diccionario Ilustrado Griego Clásico-Español Español-Griego Clásico*. Larousse Editorial.

(2011). *Diccionario Ilustrado Latino-Español Español-Latino*. Barcelona: Larousse Editorial.

